



P E N G U I N  C L Á S I C O S

ERASMO DE ROTTERDAM

Alabanza de la estupidez

Edición y traducción de EDUARDO GIL BERA

ERASMO DE ROTTERDAM

Alabanza de la estupidez

Edición y versión de
EDUARDO GIL BERA



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

INTRODUCCIÓN

En los retratos de Erasmo realizados por Hans Holbein el Joven se aprecia uno de los rasgos más sugerentes de la humana condición en su variante literaria. No es la mirada viva perdida en la lejanía, ni las dos manos reposando sobre el papel, como quien escribe con doble cuidado y desconfianza vigilante. Se trata de la comisura de los labios, donde juguetea el rasgo de la ironía, el músculo de los cuentos, como lo describió Hoffmann, otro de los grandes irónicos. En Erasmo, pese a toda la amargura, el cansancio y la resignación de la boca prieta, bulle la sonrisa traviesa de quien sabe que la estupidez humana nunca tendrá fin.

Las idas y venidas, los anhelos sobrenaturales y los deseos más rastreros, los atuendos y las poses, las artes y la teología, el amor y la guerra, nada humano es ajeno a la tontería. Ese poder fatal y bendito se eleva en esta obra a personaje y expresa la convicción de que la razón tiene un peso irrelevante y menos que mínimo sobre la realidad del hombre.

Del título *Alabanza de la estupidez (Laus Stultitiae)* es preciso entender lo que en el lenguaje gramatical se denomina un genitivo subjetivo, o sea, la estupidez es la autora de la alabanza y a la vez un genitivo objetivo, o sea, compone la alabanza de sí misma, como corresponde a la más auténtica estupidez.

Erasmo nació probablemente en 1466, fruto de la relación irregular entre un cura y una joven. Su origen ilegítimo le preocupó siempre y en sus alusiones autobiográficas bosquejó un cuadro idealizado donde su padre fue obligado por la familia a dejar a su pareja y ordenarse sacerdote. En el capítulo XI de la *Alabanza* hay un pasaje que todas las traducciones (en todas las lenguas) trasladan como «si debéis la vida al matrimonio, y el matrimonio por su parte lo debéis a la Insensatez». No es cierto que todo el mundo deba la vida al matrimonio y, desde luego, no fue así en el caso de Erasmo. El original dice «si conjugii debetis vitam», y aquí el sentido de «conjugium» es el mismo que

leemos en las *Geórgicas* de Virgilio (III, vv. 274-275) «et saepe sine ullis / conjugii vento gravidae mirabile dictu» (y muchas veces [las yeguas] quedan preñadas por el viento sin ningún apareamiento, cosa admirable). Es decir, significa coyunda, apareamiento o relación sexual. De hecho, a continuación leemos: «¿Qué mujer experimentada se atrevería a repetir si, en su momento, no le ayudara con su presencia la divinidad del Olvido?». Es una reflexión semejante a la de Chamfort cuando asegura que ninguna mujer en sus cabales cambiaría la epilepsia de unos instantes por una enfermedad de un año, si no fuera porque el amor escapa al dominio de la razón y no mediara un arrebatado de vanidad y olvido. Naturalmente «conjugium» también significa unión conyugal o matrimonio, y así lo emplea Erasmo más adelante. Pero aquí, como tantas veces, se trata de un estudiado rasgo irónico.

Solo es un ejemplo de la desactivación que ha sufrido la ironía de la *Alabanza* en numerosos pasajes de la mayoría de las traducciones. El caso más patente reside en el título, donde «stultitiae» se ha trasladado en todas las lenguas casi siempre como «de la locura». Erasmo cuenta que tuvo la idea al asociar el apellido de su amigo Tomás Moro con el término griego «moria». La palabra proviene de «moros», que significa reblandecido o inerte, y de ahí tonto, estúpido y, aplicado a los alimentos, insípido. O sea, en griego «moria» no equivale a locura, sino a estupidez: «morologos» es el que dice tonterías. El equivalente latino que emplea Erasmo es «stultitia», que originalmente significa rigidez, tiesura y, en consecuencia, incapacidad de cambiar de opinión, alelamiento, estupidez. De hecho, el centro de gravedad de toda la obra radica esencialmente en la contraposición sabio/ignorante, y no en la de loco/cuerdo. No cabe ningún malentendido, sobre todo porque Erasmo se extiende en varios pasajes para matizar la diferencia entre estupidez y locura, a la que llama de manera inequívoca «insania»; en uno de los más polémicos, describe el cristianismo como una mezcla de estupidez y locura.

Pero esa desactivación de la ironía original y del genio auténtico de la obra no es solo una equivocación generalizada por el seguidismo imperante en las traducciones de los clásicos. Muchos traductores han anotado que la traslación de «stultitia» como locura no es la mejor, pero sí la tradicional, y tal vez todos han sido conscientes de que se trataba de un licencia no del todo afortunada, aunque masivamente admitida. Tampoco se debe solo a la importante influencia que ejercieron los grabados de Holbein en los márgenes del manuscrito original, que luego se han reproducido acompañando a muchísimas

ediciones y que sugieren que nos encontramos ante una bufonada o chifladura. El malentendido es más bien consecuencia de la actitud insistente del propio Erasmo, que buscó justificarse ante los ataques y censuras y se refirió a la obra como discursillo («declamatiuncula») ocurrente que redactó por puro entretenimiento en unos pocos días. El extendido tópico de que la escribió en una semana procede de una carta dirigida por Erasmo al teólogo Dorp, que le había acusado de denigrar el cristianismo y la vida eterna. De la misiva disculpatoria de Erasmo se concluye que todo empezó con un par de líneas jocosas que comunicó a unos amigos, los cuales le animaron a prolongarlas, lo hizo en una semana. De ahí los repetidos «nosotros» que esparció en el texto, como si hablase de cierta autoría colegiada y que tampoco se recogen en las traducciones tradicionales.

Un obra que condensa toda la insatisfacción y acidez de su autor de la manera más elegante y estudiadamente superficial, y que contiene más rasgos autobiográficos e implacables contra sí mismo que todas las cartas y confesiones sinceras redactadas en su vida, no es consecuencia de un arrebató ni un juego, aunque luego se sintiera obligado a dar esa sensación y ya lo presintiera desde el mismo momento de su redacción, como se trasluce en la carta de dedicatoria a Tomás Moro, cuya fecha de junio de 1508 es errónea a propósito. Erasmo afirma escribir «ex rure», que, en un primer y recto sentido, significa «desde el campo», pero en una segunda lectura se percibe un guiño al «vestigia ruris» de Horacio (*Epístolas*, II, v. 160), con lo cual se puede entender también «sin formalidad», «a la pata la llana».

No es posible determinar con exactitud cuándo se compuso esta obra maestra de la ironía y la polémica. La versión de Erasmo, que sostiene que tomó apuntes mientras iba a caballo por los Alpes y luego la terminó sin tener sus libros a mano, en un par de días, durante un ataque de ciática en la casa de Tomás Moro en Bucklersbury, es ciertamente divertida, y casa a la perfección con el tono del texto, pero no es válida para determinar una datación más allá de lo aproximado y aún menos para hacerse una idea de su verdadero fondo e intención. Que tantos estudiosos y comentaristas hayan tomado al pie de la letra la indicación que hace la propia Estupidez sobre su manera de redactar: «No vayáis a creer que [esta conferencia] está pergeñada para lucir mi ingenio, como acostumbran a hacer la mayoría de los oradores. Como bien sabéis, suelen jurar que un discurso, que les ha llevado treinta años de elaboración, y que a veces ni siquiera es suyo, lo han escrito o incluso dictado en tres días, poco menos que por pasar el rato. A

mí, en cambio, siempre me ha gustado por encima de todo decir lo primero que se me ocurre», ofrece una elocuente medida del grado de eficacia de la finura y la afilada malicia del autor.

Esta pieza brillante de la literatura del humanismo se imprimió por primera vez seguramente en 1511, en París, por Gilles de Gourmont. Erasmo valoró la edición como pésima y plagada de erratas («pessimis formulis depravatissime»). La primera versión revisada y autorizada por el autor apareció al año siguiente, también en París, impresa por Josse Bade van Assche (Jodocus Badius Ascensius). En vida de Erasmo, o sea, hasta 1536, se publicaron treinta y seis ediciones, que salieron de veintiuna imprentas diferentes en once ciudades. Durante ese tiempo, el autor la reescribió siete veces y la versión final era una quinta parte más extensa que la primera. Una de tantas ocasiones en que Erasmo se alude a sí mismo por boca de la Estupidez en la *Alabanza* dice: «[los eruditos] me parecen más que felices, dignos de compasión, porque se atormentan sin parar, añaden, cambian, suprimen, vuelven a empezar, reescriben, repasan, insisten y luego lo retienen nueve años para no estar nunca satisfechos». La edición de Basilea impresa por Froben en 1515 incluye unos detallados y bastante ingenuos comentarios del médico humanista holandés Gerhardus Listrius, que contó con la colaboración del propio Erasmo, y que después han sido aprovechados en numerosas versiones. En la actualidad, se sigue el texto establecido por Clarence H. Miller en Ámsterdam y Oxford en 1979.

La *Alabanza* fue un best seller en su época y ha seguido siéndolo hasta hoy. Naturalmente, se tradujo enseguida a numerosas lenguas. Quizá la primera traducción fue al checo por Gregorius Gelenius en 1512, aunque no se imprimió hasta el siglo XIX. La siguiente fue la versión francesa de George Halewin en 1517, que contenía añadidos superfluos, omisiones y errores, y supuso un gran disgusto para Erasmo. La primera traducción alemana fue obra de Sebastian Franck en 1534, y estaba como mínimo a la altura de la francesa en todos sus defectos. La versión italiana de Antonio Pellegrini en 1539 fue la primera en merecer la consideración de íntegra y fiel. Después siguieron las traducciones inglesa en 1549, de Thomas Chaloner, y holandesa, en 1560. Se supone la existencia de versiones españolas manuscritas, no se sabe si parciales o completas, que pasaron de mano en mano en los círculos erasmistas a lo largo del siglo XVI, pero no se conoce con certeza ninguna anterior al manuscrito hallado en la sinagoga portuguesa de Ámsterdam y que data del siglo XVII.

El genial rasgo medular de la *Alabanza* consiste en que sea la propia Estupidez la que tome la palabra desde la cátedra y pronuncie una conferencia llena de verdades amargas contra el género humano. Con tal personaje, el autor accede a una posición privilegiada desde donde puede escoger un tono más libre y al mismo tiempo quedar amparado de los eventuales ofendidos. Naturalmente la treta no engaña a nadie, pero su eficacia ha sido más que evidente. La Estupidez se excusa por su falta de estilo y letras en el latín más brillante, elegante y flexible, de musicalidad asombrosa y ritmo hechicero.

Los frailes y los teólogos son los gremios peor parados. Erasmo se matriculó en 1495 en la facultad de teología de la Sorbona, donde tuvo el disgusto de conocer los rancios excesos y las sofisterías estériles de la escolástica. Dos años antes se había ordenado cura para huir de las excelencias de la vida monacal de los agustinos de Delft. En 1499 viajó por primera vez a Inglaterra invitado por su compañero de estudios William Blount, el futuro lord Mountjoy. En diversas temporadas llegó a pasar cinco años en Inglaterra y para él siempre fue el país más querido, donde conoció a sus mejores amigos. Como casi todos los humanistas de primer rango de su época, estuvo en Italia y conoció la triple herencia cultural de la Roma pagana, la Roma cristiana y el Renacimiento italiano. En Bolonia asistió a la entrada triunfal de Julio II, el papa guerrero criticado en la *Alabanza* con una alusión muy clara («robur/rovere», «robusto») para lo que suele ser usual en la siempre estudiada sutileza erasmiana. También los abusos homicidas de los luteranos ansiosos de dinero tienen su capítulo particular.

No es demasiado complaciente en su autodescripción: «Un hombre que pasó toda su niñez y adolescencia estudiando asignaturas, y la mejor parte de su vida en vigiliadas interminables, preocupaciones y fatigas, y por lo demás sin probar ni un tanto así de placer, siempre parco, pobre, triste, sombrío, duro e injusto consigo mismo, serio y riguroso con los demás, pálido, macilento, débil, legañoso, envejecido y canoso prematuro». En general, habla de sí mismo con tono de escarnio: aquí se burla de los que estudian griego en la vejez, en sus cartas se confiesa el más feliz del mundo por hacerlo; aquí llama a Homero «padre de las bobadas», y en una carta a Nicolas Sygeros, que le regaló una copia de un manuscrito de la obra del griego dice: «Ardo en tal amor por él, que a pesar de no entenderlo me recreo y alimento solo con ver la traza de sus palabras escritas», y en otra a su amigo Blatt: «Cómo me gustaría que supieras griego, porque la literatura latina es incompleta sin la griega, y nuestro trato sería más agradable si nos

recreásemos en los mismos estudios».

En 1509, Erasmo conoció a Giovanni de' Medici, el futuro papa León X, aficionado a la caza y las letras y sumo despreciador de las órdenes mendicantes. Su secretario personal, el humanista Pietro Bembo, recogió del pontífice renacentista estas palabras: «Quantum nobis nostrisque ea de Christo fabula profuerit, satis est omnibus saeculis notum» (Es cosa notable qué larguísimo provecho sacamos de este cuento de Cristo). Erasmo nunca llegó a ese extremo de cinismo y su desprecio por la pompa eclesiástica romana era radical. Tampoco pasó por alto su propia vanidad de autor: «Hay que verlos huecos de satisfacción cuando la gente vulgar los alaba y señala con el dedo “por ahí va el famoso”, y se ven en los escaparates, y leen en la cabecera de cada página sus tres nombres que parecen tan singulares y cosa de magia. Pero, por los dioses inmortales, ¿qué son más que nombres?». Erasmo, en efecto, firmaba los libros como Desiderius Erasmus Roterodamus.

La Estupidez menciona en su conferencia tres principales concepciones de sí misma: la estupidez como fabricante de ilusiones imprescindibles para vivir en este mundo, la estupidez como poder efectivo en la sociedad y la historia, y la estupidez del cristianismo y la mística.

Entre los incontables rasgos de valor actual e imperecedero, encontramos el ensalzamiento irónico de la adulación colectiva como fuerza que cohesiona al grupo social. Solo en eso, hay más verdad y penetración que en toda la obra de Rousseau y Habermas reunida. «Esa estupidez engendra los estados y mantiene los imperios, los magistrados, las religiones, los consejos y las judicaturas, porque toda la vida humana no es más que una burla de la estupidez».

En los pasajes donde se cita a sí mismo, Erasmo se alinea sin demérito con los más grandes de todos los tiempos: Ulises oyendo el canto de su vida en boca de las sirenas y Cervantes asistiendo al escrutinio de su propia obra.

Ningún texto de Erasmo irritó tanto a católicos y protestantes como esta *Alabanza de la estupidez*. En 1527 supo que la Sorbona la había condenado como incompatible con la fe y la moral. Tanto y tanto se defendió contra unos y otros, que acabó por hacer creer, siquiera a los mediocres, que su gran obra era pequeña y su lucidez, locura.

E. GIL BERA
2016

BIBLIOGRAFÍA ELEMENTAL

Erasmus, *Erasmus' Moriae encomium, id est Stultitiae laus*, Clarence H., ed., Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami, vol. 3, Ámsterdam y Oxford, 1979.

Erasmus, *Das Lob der Torheit Übersetzung*, Kurt Steinmann, trad., Zurich, Manesse Verlag, 2002.

Huizinga, Johan, *Erasmus*, Nueva York, 1924, reimp. en 1974. [Hay trad. cast.: *Erasmus*, Ediciones Ulises, 2015.]

Smith, Preserved, *Erasmus, a Study of his Life, Ideals, and Place in History*, Nueva York, 1923, reimp. en 1962 y en 2003, por Whitefish, Kessinger Publishing.

Alabanza de la estupidez

DEDICATORIA

Erasmus de Rotterdam a su amigo Tomás Moro
Salud

El otro día, en mi viaje de Italia a Inglaterra, por no pasar todo el tiempo a caballo charlando sobre naderías, reflexionaba sobre nuestros estudios y los amigos entrañables y cultísimos que dejé atrás. Y entre ellos, tú, querido Moro, eras el primero en mi mente. Y tu recuerdo no me deleitaba menos en la memoria de lo que me agradó tu compañía, que es lo más gratificante que me ha pasado en la vida. Por hacer algo, y como la ocasión parecía poco propicia para los tratados serios, se me ocurrió distraerme con una alabanza de la estupidez.

Te preguntarás qué diosa me inspiró semejante idea. Lo primero fue tu apellido, Moro, tan próximo a la palabra «moria» como alejado de su significado, pues según la opinión de todo el mundo nada puede haber más dispar. Por otra parte, pensé que esta ocurrencia nuestra te agradaría en especial, porque disfrutas con este género de bromas no del todo incultas ni tampoco insulsas, y sueles observar la vida de la gente en cierto modo como lo hacía Demócrito. Tu inteligencia y perspicacia te apartan largamente de lo común, a la vez que tu increíble amabilidad y facilidad de carácter logran que te relaciones y disfrutes con todos.

Así que no solo aceptarás de buen grado este discursillo como recuerdo de tu amigo, sino que le darás amparo como cosa dedicada a ti, que ya es tuya y no mía.

Quizá no le falten querellantes que lo calumnien, en parte por tratarse de frivolidades impropias de un teólogo, y en parte por su mordacidad inadecuada para la modestia cristiana, y también nos echarán en cara haber recuperado el estilo de la vieja comedia de Luciano y aprovecharlo para atacar a todo el mundo. A quienes ofenda la levedad y broma del argumento que piensen que no es cosa mía, sino que se trata de un género cultivado desde la Antigüedad por grandes autores. Homero se divirtió con la «Batracomiomaquia», Virgilio cantó al mosquito y el ajo, Ovidio a las nueces, Polícrates y su crítico Isócrates alabaron al tirano Busiris, Glauco a la injusticia, Favorino a

Tersites y la fiebre cuartana, Sinesio a la calvicie, y Luciano a las moscas y los parásitos. Séneca compuso la apoteosis de Claudio, Plutarco el diálogo de Grillo y Ulises, Luciano y Apuleyo cantaron al asno, y no recuerdo quién rubricó el testamento de un cerdito llamado Grunio Corocota, según cuenta san Jerónimo.

De modo que, si les parece, que me caricaturicen jugando a las damas o, si lo prefieren, montando en el palo de una escoba. Siempre será injusto que concedamos a todo el mundo el derecho a la diversión y no se lo permitamos a los estudiosos, sobre todo si las bromas enseñan cosas serias y distraen al lector que no carezca totalmente de olfato, porque encontrará en ellas más provecho que en las téticas y grandilocuentes argumentaciones especializadas donde uno venera la retórica o la filosofía en discursos prestados, el otro hace alabanza de un príncipe cualquiera, y el de más allá exhorta a la guerra contra los turcos, y también hay quien predice el futuro o reporta novedades sobre la lana de las cabras inventando argumentillos.

Nada más vacuo que tratar vacuidades en serio, y nada más festivo que tratar como vacuidades lo que nadie pensaba que pudieran serlo. Otros tendrán que juzgarme, pero si la vanagloria no me engaña por completo, hemos alabado a la estupidez pero no del todo estúpidamente.

Al reproche de virulencia de lenguaje responderé que siempre se permitió a los ingenios burlarse con un poco de salero de la vida mundana de la gente siempre que la licencia no degenera en rabia. Lo que más me admira del tiempo presente es la delicadeza de los oídos que solo aguantan títulos solemnes. Así que te encuentras algunos de religiosidad tan extravagante que soportan mejor una gravísima ofensa a Cristo que el más ligero chiste sobre el pontífice o el príncipe, sobre todo si se toca la cuestión del dinero. Si uno critica la vida de los hombres, sin incidir en nadie en concreto, me pregunto si tal cosa tiene que parecer sarcasmo, o más bien enseñanza o advertencia. Y, por favor, ¿bajo cuántos nombres no me critico a mí mismo? Por otra parte, si uno no deja sin mencionar a ninguna clase de gente, no está cargando contra nadie en particular, sino contra todos los vicios. Si alguien se significa y reclama haber sido ofendido, será por su mala conciencia, o por miedo. En este género fue mucho más sarcástico y libre san Jerónimo, que no dejó ningún nombre sin mencionar. Nosotros, por nuestra parte, no solo nos abstenemos de hacerlo, sino que moderamos el estilo de forma que el lector sensato entenderá con facilidad que hemos buscado más agradar que atacar. No hemos removido, como Juvenal, la oculta sentina de los malvados, y hemos

procurado pasar revista de las cosas risibles más que de las repugnantes. Con todo, si alguien no se aplaca con estas razones, recuerde al menos que es honroso ser vituperado por la estupidez, pues cuando le dimos elocuencia fue con miras a lo que conviene al personaje. Pero ¿qué te voy a decir a ti, patrono tan singular, que eres capaz de defender óptimamente causas nada óptimas? Que te vaya bueno, Moro, habilísimo orador, y defiende tu Moria con celo.

En el campo, el 9 de junio de 1508

HABLA LA ESTUPIDEZ

I

Por más que digan de mí los mortales —que ya conozco la pésima fama de la estupidez, incluso entre los estúpidos de solemnidad—, no soy en realidad tan tonta, porque nadie es comparable conmigo a la hora de hacer reír a los dioses y a los mortales. Un argumento abrumador de ello es que me basta tomar la palabra ante la más nutrida de las asambleas para que en todas las caras se refleje una alegría inaudita y desacostumbrada. De golpe, se os desarruga el ceño y vuestras amables carcajadas me anuncian vuestro aplauso, de modo que ante mí sois semejantes a dioses homéricos ebrios de néctar y nepente, cuando un momento antes estabais tristes y preocupados, como recién salidos de la caverna de Trofonio.

Igual que cuando el sol naciente muestra a la tierra su bello rostro dorado, o tras un áspero invierno la primavera vuelve a exhalar la dulzura de la brisa de poniente, y todas las cosas renuevan su aspecto, mudan de color y adquieren aire juvenil, así cambiáis vosotros de cara en cuanto me veis. Así pues, con mi sola presencia consigo aliviar las preocupaciones que agobian vuestra mente, cosa que los más avezados oradores ni siquiera logran tras una larga y estudiada intervención.

II

Si queréis saber por qué comparezco hoy con tan inusitado ceremonial, os lo diré enseguida, si no os aburre prestar atención a mis palabras, pero no como soléis escuchar a los predicadores sagrados, sino de ese modo en que atendéis a los mercachifles, a los cómicos y a los bufones, como si fuera con las orejas de burro que Midas, uno de los nuestros, usó para oír al dios Pan. He tenido la veleidad de hacerme un poco la sofista ante vosotros, pero no del estilo de esos que llenan de naderías la cabeza de los niños y los vuelven más tercos que las mujeres cuando discuten, sino que imitaré a los antiguos

que eligieron llamarse sofistas para evitar el desacreditado nombre de sabio. Su cometido era ensalzar a los dioses y a los hombres ilustres. Ahora, la alabanza que oiréis no será la de Hércules ni la de Solón, sino la mía propia, o sea, la alabanza de la estupidez.

III

No tengo yo por sabios a esos que sostienen que quien se alaba a sí mismo es insolente y estúpido a más no poder. Será todo lo estúpido que quieran, pero reconocerán que lo hace a la perfección. ¿Qué se ajusta mejor a la estupidez personificada que ejercer de pregonera y bombo de su mérito? ¿Quién me describirá mejor que yo? Ni siquiera podría hacerlo quien me conociera mejor que yo misma. Por otra parte, considero que esta conducta será en todo caso más comedida que la de esos que la plebe tiene por excelsos y sabios, y que por falsa modestia alquilan algún orador servil o poeta ramplón que, obligado por el favor recibido, entone sus alabanzas, o sea, nada más que mentiras. Entretanto, ese hombre tan pudoroso hace el pavo con plumaje prestado y levanta la cresta, mientras el adulador desvergonzado compara semejante nulidad con los dioses, y lo propone como compendio de toda virtud, aunque él mismo sepa que es todo lo contrario, pues adorna a la corneja con plumas ajenas, convierte en blanco al etíope y una mosca en un elefante. Al cabo, yo sigo el trillado proverbio popular que concede el derecho a la autoalabanza a quien no encuentra otro elogiador.

Me admira, a todo esto, la ingratitud de los mortales, ¿o diré mejor su desidia? Porque todos me cultivan con gran cuidado y gozan ampliamente de mis beneficios, y jamás hubo nadie que ensalzara la estupidez con palabras de agradecimiento, mientras Busiris el sacrificador de hombres, Falaris el tirano, las fiebres cuartanas, las moscas, la calvicie y otras pestes por el estilo han tenido sus devotos adoradores que con grandes trabajos enristraron sus alabanzas a la luz del candil renunciando al sueño. Pues ahora oiréis de mí una conferencia, acaso extemporánea y sin pulir, pero por eso mismo más verdadera.

IV

No vayáis a creer que está pergeñada para lucir mi ingenio, como acostumbran a hacer la mayoría de los oradores. Como bien sabéis, suelen jurar que un discurso, que les ha llevado treinta años de elaboración, y que a veces ni siquiera es suyo, lo han escrito o incluso dictado en tres días, poco menos que por pasar el rato. A mí, en cambio, siempre me ha gustado por encima de todo decir lo primero que se me ocurre.

Así que nadie espere que, conforme a la costumbre de los retóricos corrientes, exponga la definición de mí misma, menos aún, me explique por partes. Las dos opciones implicarían empezar con muy mal pie, tanto si limito aquello cuyo poder se extiende por doquier, como si divido lo que todas las criaturas existentes veneran con unánime consenso. Desde luego, ¿a qué conduciría representaros los perfiles y claroscuros de mi retrato, cuando me tenéis aquí presente ante vuestros propios ojos? Soy, como veis, la que dispensa con largueza todos los bienes, la estupidez, que en latín llaman «stultitia», y en griego «moria».

V

Ahora bien, ¿es que hacía falta explicarlo, cuando, como se suele decir, lo llevo escrito en el rostro y la frente? Y si alguien me tomara por Minerva o la Sabiduría, le bastaría fijarse un poco, incluso sin que yo dijera palabra, porque la cara es el espejo menos mentiroso del alma. No hay en mí lugar para el engaño, no aparento una cosa mientras pienso otra, soy siempre tan igual a mí misma que no me pueden disimular ni los que vindican para sí la máscara y el título de sabios eminentes, esos que pasean como monos purpurados y asnos disfrazados con piel de león, y cuanto más cuidado ponen en aparentar, tanto más se les notan las orejas de Midas.

Es una clase de gente en verdad ingrata, porque al tiempo que son los más destacados de nuestro partido, se avergüenzan tanto de nuestro nombre ante el público que se lo atribuyen a los demás como si fuera un gran oprobio. Siendo como son los más estúpidos, que pretenden pasar por sabios del rango de Tales, ¿no tendríamos que llamarles con todo derecho estupidósofos?

VI

También a ese sector le ha dado por imitar a los oradores actuales que se creen enteramente dioses cuando se exhiben con dos lenguas a la manera de las sanguijuelas y tienen por algo digno de admiración empedrar los discursos en latín con palabrejas griegas, en especial cuando no vienen a cuento. Allá donde les faltan términos exóticos, echan mano de algún pergamino amojamado y escogen cuatro o cinco fósiles de vocabulario con los que extienden las tinieblas ante el lector, así quienes les entienden se autocomplacen el doble, y los que no, más se admiran contra menos comprenden. Uno de los más refinados placeres de nuestra facción es considerar una cosa con tanto más respeto cuanto de más lejos venga. Los que ambicionen mayor ostentación de que en verdad se enteran de algo, ríanse y aplaudan con las orejas al estilo del asno, y con eso bastará. Ahora vuelvo a lo que iba.

VII

Ya sabéis el nombre, señores... ¿Cómo podría yo calificaros? ¿Cómo mejor que estupidísimos? ¿Qué otro apelativo más digno podría poner a sus fieles la diosa Estupidez? Pero como muchos no conocen mi origen, intentaré explicarlo con ayuda de las Musas. Mi verdadero padre no fue el Caos, ni el Orco, tampoco Saturno, Jápeto, o algún otro de los dioses obsoletos y descabalados, sino Pluto, el dios de la riqueza y padre de los hombres y los dioses, digan lo que digan Hesíodo, Homero y el mismo Júpiter. A su capricho se revuelven de arriba abajo las cosas sagradas y profanas. Según su veleidad se dirigen las guerras, las paces, los imperios, los consejos, los juicios, las elecciones, los matrimonios, los pactos, las alianzas, las leyes, las artes, las diversiones, las cosas serias, un momento que me falta el aire, en resumen, todos los negocios públicos y privados de los mortales. Sin su asistencia, todo ese pueblo de divinidades poéticas, diré más, la élite de los dioses, no existiría en absoluto, o no comería caliente y bajo techo. Si alguien enoja a mi padre, no le bastará la protección de Palas, y por contra, si alguien le es propicio, podrá ahorcar a Júpiter con su rayo.

Pues de ese padre me enorgullezco yo. Por cierto, no procedo de su cerebro, como la tétrica y ceñuda Palas, que salió de la cabeza de Júpiter, sino de Neotete, la ninfa de la Juventud, que es muchísimo más bella y alegre. Tampoco soy consecuencia del soso

deber conyugal, como Vulcano, el herrero cojo, sino de la mucho más dulce «conjunción del amor», que diría nuestro Homero. Y no vayáis a confundiros, porque no me engendró ese Pluto que Aristófanes describe medio ciego y con un pie en la tumba, sino el que estaba en la flor y calor de su juventud, y no solo de ella, sino más bien del abundante néctar puro que trasegaba en el banquete de los dioses.

VIII

Si preguntáis por mi solar natal, porque el lugar donde una emitió sus primeros vagidos se considera hoy como algo del mayor interés para determinar la nobleza original, no nací en la errática Delos, ni en el mar proceloso, ni en las abovedadas grutas, sino en las islas Afortunadas, donde todas las cosas crecen sin siembra ni labor, donde no hay pena, ni edad, ni enfermedad, y donde los campos no producen gamones, malvas, cebollas, altramuces, habas ni vulgaridades de ese estilo, sino deleites para la vista y el olfato como suspiros del sol, panacea, nepente, mejorana, ambrosía, lotos, rosas, violetas, jacintos y jardines de Adonis. Y nacida entre tales delicias no di comienzo a mi vida llorando, sino que de inmediato sonreí tiernamente a mi madre. Ninguna envidia me produce la cabra nodriza de Júpiter excelso, porque a mí me criaron de sus pechos dos ninfas graciosísimas: Ebriedad, la hija de Baco, y Cortedad, la hija de Pan, las cuales veréis en el séquito de mis acompañantes y servidoras, cuyos nombres, si es que deseáis saberlos, habréis de oír ahora mismo.

IX

Esa de las cejas levantadas es Vanagloria. La que veis con los ojos rientes y aplaudiendo con las manos se llama Adulación. La medio dormida con cara de modorra es Olvido. A la de brazos cruzados y manos bajo los codos le dicen Pereza. Y a esa de la corona de rosas y rebozada de unguento, Complacencia. La huidiza de mirada perdida se llama Insensatez. Esa de cutis claro y cuerpo bien rollizo tiene de nombre Ociosidad. Entre las muchachas, veréis a dos dioses, uno se llama Desenfreno, y el otro, Sueño Irresistible. Con la ayuda de estos fieles servidores sujeto a todo bajo mi poder, e impero sobre los

mismos emperadores.

X

Ya estáis al tanto de mi origen, educación y séquito. Ahora, para que no parezca que usurpo sin motivo el nombre de diosa, afilad las orejas y enteraos de qué beneficios concedo a los dioses y los hombres, y hasta dónde alcanza mi poder. Si, como alguien escribió una vez con toda la razón, la cualidad primera de un dios es ayudar a los mortales, y si merecieron ingresar en el senado de las deidades las que mostraron a los hombres el uso del vino, o del trigo, o de cualquier otro provecho, ¿cómo no voy a tener derecho a que se me llame la primera de todas las divinidades y se me venere como tal, cuando soy la que más generosamente regala todas las cosas?

XI

Lo primero, ¿qué puede haber más dulce y precioso que la vida misma? Y lo segundo, su inicio, ¿a quién habrá que apuntárselo en su haber, más que a mí? Ni la lanza de Palas, hija del poderoso, ni el escudo de Júpiter, el que amontona las nubes, engendran ni propagan la especie humana. Hasta el mismo rey y padre de los dioses y los hombres, que con un pestañeo hace temblar el Olimpo entero, tiene que dejar a un lado el triple rayo y el rostro titánico con el que aterroriza cuando le place a todos los dioses y ponerse la máscara de histrión cuando quiere engendrar hijos, lo que le sucede a menudo.

Pasemos a los estoicos, que se consideran cercanos a los dioses. Traedme uno que sea dos, tres o, si queréis, seiscientas veces más estoico que cualquier otro. También ese tendrá que renunciar, si no a su barba, signo de sabiduría que comparte con el chivo, sí a su ceño fruncido, a su frente arrugada y a sus dogmas rígidos, y habrá de conducirse al menos un tiempo cual inepto y delirante, y tendrá en resumen que recurrir a mí, y solo a mí, en el caso de que semejante sabio quiera ser padre.

¿Y por qué no he de hablar con vosotros más abiertamente, según mi costumbre? Veamos, ¿es que la cabeza, la cara, el pecho, las manos y las orejas, partes reputadas como honestas, engendran a los dioses o a los hombres? Creo que no; la propagadora del

género humano es más bien esa parte hasta tal punto estúpida y ridícula que no puede ser nombrada sin risa. Ella es la fuente sagrada, y más verdadera que los números pitagóricos, de donde mana la vida de todos los seres. Decidme por favor qué hombre querría llevar el yugo del matrimonio si, como suelen hacer los sabios, antes meditase seriamente sus inconvenientes. O qué mujer admitiría varón si conociera o reflexionara sobre los peligrosos trabajos del parto y las cargas de la educación.

Pues bien, si debéis la vida al apareamiento, y el apareamiento, por su parte, lo debéis a la Insensatez, que es mi servidora, comprenderéis sin duda cuánto me debéis. ¿Qué mujer experimentada se atrevería a repetir si, en su momento, no le ayudara con su presencia la divinidad del Olvido? Es innegable que, por más que proteste Lucrecio, el poder de la propia Venus sería manco y risible sin nuestra ayuda divina. De nuestro juego ebrio y ridículo proceden los filósofos severos, a quienes hoy han sucedido esos que la gente llama frailes, y también los reyes purpurados, los sacerdotes piadosos, los tres veces santísimos pontífices y, en fin, toda la asamblea de los dioses poéticos, tropa tan numerosa que apenas cabe en el Olimpo, y eso que es espaciosísimo.

XII

Pero no sería muy relevante que a mí se deba el origen y fuente de la vida, si a la vez no demuestro que todo lo agradable que tiene la existencia es consecuencia de mi favor. Si le quitáis a la vida el placer, ¿merecería acaso ser llamada vida? Aplaudís. Ya sabía que ninguno sería lo bastante sabio, o más bien insensato, no, mejor sabio, como para sostener semejante opinión. Ni siquiera los estoicos rechazan el placer, sino que simulan hacerlo, y lo desacreditan ante la gente para hacer desistir a los demás, mientras ellos lo disfrutan más a gusto. Pero, por Júpiter, que me digan qué parte de la vida no es triste, aburrida, fea, insípida y molesta, si no se le añade el condimento del placer, o sea, de la estupidez.

Cosa que acredita de la mejor manera Sófocles, nunca lo bastante alabado, de quien procede este bellísimo elogio nuestro: «Lo más dulce de la vida es no pensar nada».

Pero indagemos en detalle todo el asunto.

XIII

De entrada, todo el mundo sabe que la primera edad del hombre es con mucho la más alegre y agradable de todas. Ahora bien, eso que tienen los niños que nos induce a besarlos, abrazarlos y acariciarlos, eso que incluso a un enemigo le afecta, ¿qué es sino el encanto de la ignorancia que la naturaleza, con la providencia que caracteriza sus obras, presta a los recién nacidos, como queriendo compensar con algún placer y premio los trabajos de la educación, para obtener así la solicitud de sus cuidadores?

Y luego viene la adolescencia, qué graciosa es con todos y con qué candidez los adorna, con qué solicitud se le ayuda y con qué benevolencia se le tiende una mano auxiliadora. ¿Y de dónde viene esa gracia juvenil, más que de mí? A mi favor debe que, cuanto menos sabe, más indulgencia inspira. Y sería mentira lo que digo si conforme los jóvenes crecen, y mediante su relación con el mundo y el estudio van adquiriendo conocimiento de hombres maduros, no comenzara a desmerecer el esplendor de sus formas, a languidecer su ardor, a enfriarse su gracia y a menguar su vigor. Cuanto más se alejan de mí, tanto menos viven, hasta que llega la carga de la vejez, esa decrepitud que no solo es molestia en sí misma, sino también en los demás. Y sería insufrible para los mortales si yo misma, compadecida de sus miserias, no les volviera a echar una mano. De modo que así como los poetas socorren a sus dioses mediante alguna metamorfosis cuando están a punto de perecer, yo también les devuelvo la niñez cuando los veo al borde de la tumba. Con razón les llama entonces la gente «vuelto a la niñez».

Si alguien pregunta por el modo de esa transformación, no se lo ocultaré. Los conduzco a la fuente de nuestra Olvido, que es un manantial que nace en las islas Afortunadas y fluye por los infiernos como un riachuelo, para que beban un largo olvido, se les vayan diluyendo las penas del alma y recuperen la juventud.

Pero esos desvarían y han perdido el juicio, me diréis. Pues claro. Justo en eso consiste la vuelta a la niñez. ¿En qué consiste ser niño sino en desvariar y no tener juicio? ¿Acaso no es la mayor gracia de esa edad el que no se sepa nada? ¿Quién no encontraría odiosa y detestable como una monstruosidad la sapiencia viril en un niño? A esa opinión se suma el proverbio popular «Detesto la sabiduría prematura en el niño». ¿Quién sufriría la relación y amistad con un anciano que uniese a su vasta experiencia de las cosas el vigor y acritud de juicio equivalentes?

Por eso desvaría el anciano que está bajo mi protección. Con la salvedad de que mi

desvarío lo libera de las preocupaciones que atormentan al sabio. Entretanto no deja de ser un agradable compañero de bebida. No siente el tedio vital que en una edad más lozana resulta casi inaguantable. A veces, como el viejo Demifón de Plauto, vuelve al estudio de las tres famosas letras «a», «m», «o». ¡Sería desdichado a más no poder, si lo supiera! Pero, con mi favor, es feliz y agradable para los amigos, y no un aguafiestas. Dice Homero que las palabras de Néstor fluyen dulces como la miel, mientras que las de Aquiles son amargas, y las de los viejos sentados en la muralla, frescas como lirios. De lo que deduzco que la vejez incluso supera a la niñez, edad dulce sin duda, pero carente de conversación y de uno de los condimentos principales de la vida, que es la charla. Añadid a todo ello que, mientras los viejos se divierten con los niños, también a estos les gusta su cercanía, que ya lo dice la Odisea: «El dios reúne a los iguales». ¿No se parecen en todo, salvo en que unos están más arrugados y cuentan más cumpleaños? Ambos tienen cabellos ralos, boca desdentada, cuerpo encogido, apetencia por la leche; y ambos sufren de balbuceo, charlatanería, ineptitud, olvido, irreflexión y, por abreviar, coinciden en otras muchas cosas. Cuanto más avanzan en la vejez, más se asemejan a la edad infantil, hasta que, al modo de los niños, sin tedio vital ni sentimiento de la muerte, emigran de la vida.

XIV

Ahora, si alguno quiere, que compare este beneficio mío con las metamorfosis que operan los dioses. Y no quiero acordarme de las que obran cuando están airados, sino de esas que llevan a cabo cuando más propicios se muestran. Suelen transformar a la gente en árbol, en ave, en cigarra e incluso en serpiente, como si el mismo hecho de convertirse en otra cosa no fuera perecer. En cambio, yo devuelvo al hombre a la parte óptima y felicísima de su vida.

Si los mortales se abstuvieran radicalmente de toda relación con la sabiduría y anduvieran siempre conmigo, no se harían viejos y disfrutarían de una perpetua juventud. ¿Es que no veis que esos seres tétricos dedicados a los estudios filosóficos, o a otros asuntos serios y difíciles, envejecen antes de ser jóvenes de verdad, porque las preocupaciones y continuos esfuerzos intelectuales les agotan el espíritu y secan el jugo vital? En cambio, mis estúpidos relucen con una piel tersa como lechones de Acarnania

y no padecen ninguno de los achaques de la vejez, salvo cuando, como suele suceder, se contagian de la afección de la sabiduría. Y es que la vida humana no permite ser feliz en todas las cosas.

Añádase el testimonio de peso que aporta el proverbio común, que dice que la estupidez es la única cosa que retiene el paso de la fugacísima juventud y mantiene alejada la detestable vejez. Y no está dicho a la ligera lo que popularmente se asegura de los naturales de Brabante, que mientras los demás hombres se van haciendo prudentes con la edad, ellos se vuelven más insensatos conforme envejecen. Sin embargo, no hay gente más jovial que ellos en la vida social, ni que sienta menos la tristeza de la senectud. Vecinos de ellos, no solo por el lugar sino también por la forma de vida, son mis holandeses, ¿cómo no los voy a llamar míos, si son tan devotos de mi culto que se han ganado por ello su sobrenombre popular de bobos, del que lejos de avergonzarse se jactan particularmente?

Así que ya pueden acudir los muy mentecatos mortales a las Medeas, Circes y Auroras, a buscar no sé qué fuente que les devuelva la lozanía, cuando soy yo la única que puedo y acostumbre prestar ese favor. Yo poseo aquel jugo milagroso con que la hija de Memnón alargó la juventud de su abuelo Titono. Yo soy aquella Venus gracias a la cual Faón rejuveneció tanto que enamoró a Safo. Mías son aquellas hierbas, si es que existen, y mías las plegarias. Mía es aquella fuente que no solo devuelve la juventud pasada, sino que la mantiene a perpetuidad, cosa todavía más estupenda. Si todos sois de la opinión de que nada hay mejor que la mocedad ni más detestable que la vejez, creo que os daréis cuenta de cuánto me debéis por mantener tanto bien y alejar tanto mal.

XV

Ahora bien, ¿por qué hablo todo el rato de los mortales? Repasad el cielo entero, y doy permiso al que quiera para insultarme con mi nombre si encuentra una sola divinidad que no sea desagradable y despreciable y no lo deba a mi intervención. A ver, ¿por qué Baco es siempre joven y melencólico? Pues porque pasa toda su vida disparatando y borracho, en banquetes, bailongos, cánticos y juegos, sin la menor relación con Palas. Está tan lejos de querer ser tenido por sabio que se alegra de que solo se le rinda culto con burlas y chistes. No le ofende el dicho que le atribuye el sobrenombre de bufón, ni que se

afirme que es más tonto que Morico. Este nombre, Morico, viene de su estatua sedente ante la entrada de los templos que los rústicos juerguistas solían embadurnar de mosto e higos frescos. Y cuántos sarcasmos no se habrán hecho a su costa en las viejas comedias. Ah, bobo, le dicen, digno de haber nacido del muslo del dios. Con todo, ¿quién no preferirá ser bufón y bobo, siempre de parranda, siempre joven de barba en flor, siempre andando entre juegos y goces, antes que ser Júpiter el de las ideas retorcidas que hace temblar a todos, o que Pan el que esparce por todas partes el espanto con sus sonidos, o que el sucio Vulcano cubierto de ceniza que trabaja a todas horas en el taller, o que la misma Palas siempre mirando fieramente con su lanza y la cabeza de la Gorgona en el escudo?

Y Cupido, ¿por qué es siempre niño? ¿Por qué será? Pues porque es un lelo que nunca hace ni piensa nada razonable. ¿Por qué se le renueva sin cesar su belleza a la dorada Venus? Sin duda, por su afinidad conmigo, ya que ha sacado su color de cara de mi padre, de ahí que según Homero sea la áurea Afrodita. Por eso ríe siempre, si damos crédito a los poetas y a sus émulos los escultores. ¿Y qué divinidad cultivaron con más fervor los romanos que Flora, la madre de todos los placeres? Si alguno quisiera saber más detalles de los tétricos dioses en Homero o los demás poetas, los encontrará rebosantes de estupidez. ¿Qué otras gestas vale la pena recordar, a la vista de los amores y juegos de Júpiter el fulminante que ya conocéis? ¿Y qué decir de aquella Diana tan seria, siempre de caza y olvidada de su sexo, que pierde la cabeza por Endimión?

Yo hubiera preferido que se oyeran las malandanzas divinas contadas por Momo, como antes se solía hacer. Pero los dioses airados lo arrojaron a la tierra, junto a la diosa Discordia, porque su inoportuna sabiduría estorbaba su felicidad. Tampoco los mortales se dignaron a dar cobijo al exiliado, y menos aún las cortes de los príncipes, donde tiene el lugar preferente mi Adulación, que se parece tanto a Momo como el lobo al cordero. Así que, expulsado el molesto censor, se entregaron a sus juergas con más soltura, como dice Homero. Qué juego les da aquel Príapo de madera de higuera y qué pasatiempo son las trampas y raterías de Mercurio, por no citar al propio Vulcano, el hazmerreír de los banquetes con su cojera, y sus chistes y salidas. Luego está Sileno, el viejo verde, bailando en compañía de Polifemo y las ninfas descalzas, y los sátiros semicaprinos y Pan con sus cánticos insulsos, a quien prefieren oír antes que a las propias Musas, en especial cuando el néctar se les sube a la cabeza. ¿Qué diré de lo que hacen los dioses bebidos después del banquete? Algo tan memo que cuesta contener la risa. Pero habrá

que hacer como Harpócrates y callar, no me oiga algún dios chivato mientras lo cuento, que ni siquiera Momo pudo hablar impunemente.

XVI

Pero ya es hora de que, siguiendo el ejemplo de Homero, dejemos a los celestiales y regresemos a la tierra, donde con dificultad distinguiremos nada que sea alegre o feliz sin que lleve mi sello. Fijaos de entrada en la solicitud con que la naturaleza, creadora y madre del género humano, ha velado para que a nada le falte el condimento de la tontería. Puesto que según la definición de los estoicos la sabiduría no es otra cosa que conducirse según la razón, y la estupidez, en cambio, es dejarse llevar por el arbitrio de las pasiones, ¿cuántas más pasiones que razón añadió Júpiter para que la vida de los hombres no fuera del todo triste y sombría? Pues lo que va de media onza a un as, o sea, unas veinticuatro veces más. Además, situó la razón en un estrecho recoveco de la cabeza, y el resto del cuerpo lo abandonó a merced de las pasiones. Por si fuera poco, opuso a la razón dos tiranos violentos sobremanera: la ira, que no solo posee la fortaleza en el pecho sino también la propia fuente vital, el corazón; y el deseo, que ocupa el extenso imperio que baja hasta el pubis. En la vida usual de los hombres se evidencia cuánto puede la razón contra esos dos poderes gemelos. Ella protesta hasta enronquecer y dicta las normas de la honestidad, y eso es todo lo que puede hacer. Ellos ponen la sogá al cuello a su rey y le arman tal jaleo que al final se cansa, les cede aún más terreno, y termina entregando la jefatura.

XVII

Como el hombre ha nacido para el gobierno de las cosas y había que rociarle con una gotita más que la media onza de razón para que también en ese quehacer se condujera con firmeza, Júpiter me llamó a consulta y ofrecí un consejo digno de mí, a saber, que se le pusiera al lado la mujer, criatura de veras ignorante y hasta impertinente, aunque también graciosa y amable, para que en la comunidad doméstica atemperase y edulcorase la innata severidad viril.

Cuando Platón dudaba en qué género incluir a la mujer, si entre los seres racionales o los irracionales, no quería otra cosa que señalar su ignorancia insigne. Porque si la mujer quisiera conducirse como sabia, no haría otra cosa que ser doblemente necia y hacer el efecto de un buey embadurnado de cera y aceite, lo que ya advirtió, según dicen, Minerva. Quien, contra su naturaleza y desviándose de su disposición, se reviste de virtud, redobra su vicio. Como dice el proverbio griego «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda», así la mujer siempre es mujer, o sea, ignorante, aunque se ponga máscara. Cuando considero necio el género femenino, no creo que se ofendan conmigo porque como estupidez personificada, yo misma soy una mujer. Y si bien lo miran, tendrían que agradecerme el ser mucho más afortunadas que los hombres en muchos aspectos.

Sobre todo, en la gracia de la belleza, que ellas anteponen a todos los demás méritos y mediante la cual tiranizan a los mismos tiranos. Por otra parte, ¿de dónde vienen las horrorosas formas viriles, el cutis peludo y la barba enmarañada que hacen parecer más viejo al hombre si no es del vicio de la prudencia, mientras las mejillas siempre lisas de las mujeres, la voz fina y el cutis suave imitan a una adolescencia casi perpetua? Además, ¿qué otra cosa desean ellas en esta vida sino agradar lo más posible a los hombres? ¿Qué otra cosa esperan de tanto cuidado, tanto tinte, tanto baño, tanto peinado, tanto ungüento, tanto perfume, tanta compostura y arte, tanta pintura y maquillaje del rostro, los ojos y el cutis? ¿Qué otro nombre que no sea el de la estupidez tiene eso que las hace más recomendables ante los hombres? ¿Qué es lo que ellos no les permiten? ¿Y ellas con qué pagan que no sea el placer? Su atractivo no consiste más que en la estupidez. Nadie dudará de la verdad de esa aseveración, si reflexiona qué impertinencias dice el hombre a la mujer, y qué tonterías hace cada vez que decide servirse del placer femenino.

Así que ya sabéis de qué fuente mana el primer y principal encanto de la vida.

XVIII

Pero algunos, en especial entre los viejos, son más bebedores que mujeriegos y tienen en la bebida su placer supremo. Si es posible que un banquete sea alegre sin la presencia de mujeres, es algo que dejaremos que determinen otros, ahora bien, lo cierto es que sin el

aliño de la estupidez ninguno podrá ser agradable. Hasta tal punto es así que, en caso de faltar estupidez auténtica o siquiera sucedánea, se suele contratar a un bufón o parásito risible para que con sus dichos estúpidos contrarreste el silencio sombrío del convite. De otro modo, ¿qué sentido tendría llenar el estómago de tanta delicadeza, manjar y repostería, sin que los oídos y los ojos, y todo el ánimo, se alimentasen también con risas, bromas y chistes? Yo soy la única arquitecta de esa clase de centros de mesa. Las ceremonias del banquete, como el sorteo del puesto cabecero, el juego de dados, los brindis, los corros en torno al vino y los cantares con el mirto, las danzas y los aspavientos, no son invenciones de los siete sabios de Grecia, sino más para la salud del género humano.

Como quiera que se mire, la naturaleza de las cosas es tal que cuanto mayor es la ración de estupidez tanto más gozan los mortales de la vida, que si es triste ni siquiera merece el nombre de vida. Y es inevitable que acabe por ser triste, si no disipáis a su hermano el aburrimiento mediante esa clase de diversiones.

XIX

Y aún hay otros que desdeñan esa clase de placeres y se refugian en el afecto en frecuentar a los amigos, diciendo que la amistad ha de ponerse por delante de todas las cosas porque es más necesaria que el aire, el fuego y el agua, y tan beneficiosa que si se suprimiera, sería como si se suprimiese el sol, y tan honesta, suponiendo que tal cosa signifique algo, que los propios filósofos no tuvieron inconveniente en contarla entre los bienes supremos.

¿Qué tal si demuestro que también soy la proa y la popa de tanto beneficio? Además, no lo probaré con requilorios dialécticos, sino a lo basto y señalando con el dedo. Veamos: pasar por alto, engañarse, cerrar los ojos y fantasear con los defectos de los amigos hasta el extremo de apreciar y admirar los vicios más patentes como si fueran virtudes, ¿no es algo que linda con la estupidez? Cuando uno besuquea la verruga de su amiga y el otro se extasía con el pólipo de su amante, o cuando un padre dice que su hijo no tiene estrabismo sino que mira a veces de reojo, ¿qué es todo eso más que pura estupidez? Lo es, y dígame todo lo alto que se quiera; sin embargo, se trata de una estupidez que mantiene y estrecha los lazos de la amistad. Hablo de las personas

corrientes, de las que ninguna nace sin defectos y se considera óptima la que menos tiene; en cambio, entre los sabios semejantes a los dioses no arraiga la amistad, a lo sumo algunas relaciones tétricas y frías, que además son rarísimas, por no decir inexistentes, porque la mayor parte de los hombres es ignorante y no habrá ninguno que no desvaríe, y la amistad se establece necesariamente entre iguales. Porque, aun cuando entre esos varones severos surgiera mutua benevolencia, no suele ser estable ni duradera, porque son descontentadizos y perspicaces como el águila o la serpiente de Epidauro para discernir los defectos de los amigos; para los propios defectos, en cambio, tan poco que no ven el saco que les cuelga a la espalda.

Así que siendo de tal índole la naturaleza humana que no hay inteligencia que no esté sometida a defectos, y habiendo tal diversidad de estudios y edades, de flaquezas y errores, desaciertos y peligros vitales, es evidente que no es posible la amistad ni durante una hora sin eso que los griegos llaman «euetheia», o sea, bobería o facilidad de carácter.

Y eso no es todo. ¿Es que Cupido, autor y origen de toda afección amorosa, no va con los ojos tapados a fin de tomar lo feo por hermoso, y actúa entre vosotros de modo que a cada cual le parece bello lo suyo, y el viejo se enamora de la vieja y el mozo de la moza? Así va todo y da risa, pero son justo esas cosas ridículas de la vida las que aglutinan y mantienen unida la sociedad.

XX

Lo dicho de la amistad ha de aplicarse aún con más razón al matrimonio, que no es otra cosa que una inseparable unión de por vida. Ay, Dios, cuántos divorcios y cosas aún peores sucederían de continuo si la comunidad doméstica del hombre y la mujer no fuera aliviada y mantenida mediante la adulación, el juego, la paciencia, el engaño y el disimulo, que, al cabo, son mis servidores. Y qué pocos matrimonios se concertarían si el novio investigase a qué juegos se entregó su virgencita pudorosa y delicada desde mucho antes de la boda. Y cuántos de ellos no durarían si numerosos actos de las esposas no se pasaran por alto gracias a la negligencia e ignorancia de los maridos. Todo ello es mérito de la estupidez que, en efecto, se ocupa de que la esposa esté satisfecha de su marido, y este de su mujer, y de la tranquilidad del hogar y del mantenimiento de la alianza de parentesco. Se ridiculiza al marido y se le llama cornudo, cabestro y otras finezas porque

se ablanda con las lágrimas de la adúltera. Pero cuánto mejor es engañarse que consumirse de celos para luego convertirlo todo en tragedia.

XXI

No hay, en resumen, relación ni sociedad que pueda ser jovial ni estable sin mi intervención. Porque ni el pueblo al príncipe, ni el siervo al señor, ni la criada a la señora, ni el discípulo al maestro, ni el amigo al amigo, ni el marido a la mujer, ni el inquilino al dueño, ni el compañero al compañero, ni el comensal al comensal, le aguantaría un instante más si entre ellos no hubiera engaño ni adulación, y no fingieran prudentemente que no ven, y se lubricasen con la miel de la bobería. Ya sé que estas cosas os parecerán exageraciones, pero ahora las oiréis mayores.

XXII

Decidme, ¿puede apreciar a alguien el que se detesta a sí mismo? ¿Y estar de acuerdo con otro quien no lo está consigo mismo? ¿Y agradar a otros quien es molesto e insoportable para sí mismo? Supongo que nadie dirá que sí, salvo que sea más tonto que la tontería. Pero es que si me dejaseis de lado, nadie podría aguantar a otro, y cada cual se apestaría a sí mismo, se daría asco y se encontraría detestable.

La naturaleza, que en muchas cosas es, más que madre, madrastra, ha inoculado en las entendederas humanas, sobre todo en las menos despiertas, la tendencia a estar insatisfecho con las cosas propias y a admirar las ajenas. Eso ocasiona que todos los talentos y cualidades que adornan la vida se vicien y echen a perder. ¿De qué sirve la belleza, principal don de los dioses inmortales, si se contamina con el vicio de la afectación? ¿De qué la juventud, si la corrompe el fermento de la tristeza senil? ¿Qué podrías producir con decoro, sea para ti o para los demás, en cualquier orden de la vida y no solo en las artes, si no contases con la colaboración de la Vanagloria, que con razón considero mi hermana? De hecho, ella me representa en todas partes. ¿Hay algo más semejante a la estupidez que la complacencia y la admiración de uno mismo? Pero, por otra parte, ¿qué harás de hermoso, gracioso y que no sea indigno, si no te gustas?

Quítale ese condimento a la vida, y en el acto languidecerá el orador con toda su acción, el músico no agradará a nadie con sus notas, el actor será silbado con sus gesticulaciones, se reirán del poeta con todas sus musas, el pintor será despreciado pese a su arte, morirá de hambre el médico con sus fármacos; al final, en vez de Nireo serás Tersites, en lugar del guapo Faón, el viejo Néstor, Minerva se convertirá en cerdo, el locuaz se quedará sin habla y el hombre mundano se volverá grosero. Tan necesario es que cada cual esté encantado de sí mismo y busque su propio cumplido antes que el ajeno.

Y dado que la felicidad consiste principalmente en que «quieras ser lo que eres», no hay duda de que mi Vanagloria prepara el mejor atajo para tal objetivo, de modo que nadie quiere cambiar su belleza, su inteligencia, su linaje, su lugar, su modo de vida, ni su patria, del mismo modo que el irlandés no desea ser italiano, ni el tracio se cambia por el ateniense, ni el escita aspira a ser natural de las islas Afortunadas. Admirable providencia de la naturaleza, que habiendo tantísima variedad de cosas, a todas las hace iguales. Y si con alguien es más parca en sus dones, justo a ese le suele dar más vanagloria, aunque lo que acabo de decir es una estupidez, porque ella misma es ya un don supremo. Y diré más: no hay cometido egregio que no proceda de mi impulso, ni arte excelsa donde no se encuentre mi autoría.

XXIII

¿No es la guerra germen y fuente de todas las hazañas dignas de alabanza? ¿Y hay algo más estúpido que afrontar, cualquiera sabe por qué causas, una contienda de la que tanto una parte como la otra obtienen siempre más pérdida que beneficio? Y de los que caen nadie dice nada, como si fueran de Mégara. Ahora, una vez dispuestos los bandos para el combate y cuando suena el ronco canto de los clarines, ¿qué utilidad tienen esos sabios exhaustos de estudiar cuya sangre tenue y fría apenas mantiene su espíritu? Ahí hacen falta gordos y fuertes, con la mayor audacia posible y de limitada inteligencia. Salvo que se prefieran soldados como Demóstenes que, siguiendo el consejo de Arquíloco, nada más ver al enemigo tiró el escudo y huyó, tan cobarde en el frente como sabio en el discurso.

Sin embargo, replicarán que la inteligencia es de gran importancia en la guerra. Así es

en el caso del que manda, pero se trata de una inteligencia militar, no filosófica. Por lo demás, tales hazañas las llevan a cabo parásitos, chulos, mercenarios, estibadores, campesinos, imbéciles, arruinados y parecida hez de los mortales, no precisamente lumbreras de filosofía.

XXIV

Un ejemplo de lo inútiles que resultan en todos los órdenes de la vida lo puede aportar Sócrates, a quien el oráculo de Apolo declaró único sabio en una sentencia muy poco sabia, y que al tratar de intervenir en no sé qué asunto público tuvo que retirarse en medio de la risa de todos. En todo caso, ese hombre no desbarraba del todo, porque no admitió el título de sabio, que solo atribuyó al dios, y porque opinaba que este debía abstenerse en las cuestiones políticas, aunque tendría que haber añadido la advertencia de que quien desee poseer un sitio entre los hombres debe reprimir su sabiduría. Después de todo, ¿qué lo llevó a ser acusado y condenado a beber la cicuta más que la sabiduría? Mientras filosofaba sobre las nubes y las ideas, contaba las patas de una pulga y admiraba el zumbido de un mosquito, no aprendió nada de lo que importa en la vida corriente. Y mientras el maestro se jugaba la vida en el proceso, su discípulo Platón, egregio orador, se trastornó tanto con el barullo de la multitud que no consiguió pasar de la primera frase.

¿Y qué decir de Teofrasto? Él, que apenas compareció ante el consejo, enmudeció como si hubiera visto al lobo, ¿a qué soldado habría podido animar en la guerra? Isócrates era tan tímido que jamás se atrevió a decir esta boca es mía. Y Marco Tulio, patrono de la elocuencia romana, siempre que tenía que intervenir se echaba a temblar de manera indigna y balbucía como un niño, lo que Fabio interpretaba como señal de gran prudencia y conocimiento del peligro que corre el orador. Y en verdad, al decir eso, ¿no reconocía claramente que la sabiduría es un estorbo para hacer las cosas bien? ¿Qué harían estos si tuvieran que combatir con las armas, si casi se morían de miedo cuando solo debían hacerlo con las palabras?

Y luego aún ponen por las nubes aquella famosa sentencia de Platón: «Dichosas las repúblicas, si los filósofos mandasen o los mandatarios filosofasen». ¡Al revés! Si consultáis la historia, veréis que jamás hubo más pestíferos príncipes para las repúblicas

que cuando el poder cayó en manos de los filosofastros o los aficionados a las letras. De lo cual, me parece, dieron suficiente prueba los Catones, el uno echando a perder la tranquilidad de la república con sus denuncias demenciales, y el otro trastornando hasta los cimientos la libertad de Roma a base de vindicarla de manera tan exageradamente sabia. Añadid a ellos los Brutos, Casios, Gracos y hasta el propio Cicerón, que no fue menos pestilente para la república romana que Demóstenes para la ateniense. Incluso concediendo que Marco Aurelio fuera un buen emperador, título que también le negaría yo, resultó cargante y odioso para los ciudadanos por el mismo hecho de ser tan filósofo. Pero demos por hecho que fuera bueno, lo cierto es que resultó más pernicioso para la república por semejante hijo que dejó, que por lo saludable que pudiera haber sido su administración. Porque esa clase de hombres que se dedican al estudio de la sabiduría son desgraciados a más no poder en todas las cosas, y especialmente en la procreación de hijos, y es que me parece que la naturaleza vela para que no se extienda más entre los mortales el mal de la sabiduría. Es conocido que el hijo de Cicerón fue un degenerado, y los del sabio Sócrates salieron más a la madre que al padre, como no del todo mal escribió alguno; vamos, que fueron tontos.

XXV

Con todo, aún sería llevadero si solo en los asuntos de estado fueran como asnos tocando la lira, pero es que no son adecuados para absolutamente ninguna de las circunstancias de la vida. Invita a un sabio a un banquete, importunará con su silencio sombrío o sus preguntillas molestas. Acompáñalo al baile, dirías que es un camello dando saltos. Llévalo a festejos públicos, solo con la cara que pone impedirá que la gente se divierta, y a la fuerza habrá que echar del teatro al Catón que no puede dejar de fruncir el ceño. Caerá de repente en las conversaciones igual que el lobo en el cuento. Si se ocupa de compras o tratos, en fin, cualquiera de las cosas imprescindibles en el curso de la vida cotidiana, dirás que el dichoso sabio es un tarugo y no un hombre. De modo que no es útil para sí mismo, ni para su patria, es un negado para las cosas corrientes, y discrepa de la opinión común y de los usos generales. Es inevitable que consiga hacerse aborrecer con tanto distanciamiento de la conducta y costumbres de la gente. ¿Es que hay algo entre los mortales que no rebose estupidez, ni sea hecho entre y por estúpidos? Si alguno

quiere obstaculizar esa comunidad, yo le aconsejaría que se largase a algún desierto, como hizo Timón, y que allá disfrute a solas de su sabiduría.

XXVI

Pero, volviendo a lo que iba, ¿qué fuerza juntó en sociedad a los insensibles, rudos e incultos hombres, más que la adulación? Eso es lo que simbolizan las cítaras de Anfión y Orfeo. ¿Qué hizo regresar a la concordia ciudadana a la plebe romana que ya salía de la urbe? ¿Quizá un discurso filosófico? Nada de eso. Fue más bien un cuento infantil y ridículo sobre el conflicto entre el estómago y las demás partes del cuerpo, igual que le sirvió a Temístocles la fábula de la zorra y el erizo. ¿Qué discurso sabio tendría el efecto de la invención de aquella cierva de Sertorio, o la de aquellos dos perros del espartano, o la de los pelos de la cola de los caballos? Por no hablar de Minos ni de Numa, cuyas invenciones fabulosas gobernaron la estúpida multitud. Bobadas como esas conmueven a esa bestia enorme y poderosa que es el pueblo.

XXVII

Además, ¿qué estado adoptó jamás las leyes de Platón, Aristóteles o Sócrates? ¿Qué persuadió a Decio para entregarse a los dioses manes y qué impulsó a Quinto Curcio al abismo, más que la gloria inane, esa dulcísima sirena tan condenada por los sabios? ¿Cabe algo más estúpido, dicen, que un candidato que adula suplicante al pueblo para hacerse merecedor de sus favores, comprar el aplauso de tantos tontos, complacerse con las aclamaciones, hacerse llevar en triunfo como un estandarte para espectáculo del pueblo y estar plantado en el foro como estatua bronceínea? Añadid a eso la adopción de títulos y sobrenombres, los honores divinos ostentados por esos hombrecillos, y las ceremonias públicas que emparentan con los dioses a los muy criminales tiranos. Se trata de cosas que alcanzan el colmo de la estupidez y un Demócrito no bastaría para reírse de ellas. ¿Quién lo negará? Y, sin embargo, de esa fuente proceden las hazañas de los grandes héroes que los literatos elocuentes ponen por las nubes. Esa estupidez engendra los estados y mantiene los imperios, los magistrados, las religiones, los consejos y las

judicaturas, porque toda la vida humana no es más que una burla de la estupidez.

XXVIII

Por decir algo de las artes, ¿qué incita los ingenios de los mortales a cultivar esas disciplinas tan reputadas como egregias y legarlas a la posteridad, más que la sed de gloria? Muy tontos son en verdad los hombres que se creen resarcidos de tantas vigiliass y sudores por no sé qué fama, pues no puede haber cosa más inane. Pero, no obstante, debéis a la estupidez cantidad de cosas útiles y selectas de la vida, porque nada es más placentero que aprovecharse de la locura ajena.

XXIX

Y bien, después de haber reclamado para mí la debida alabanza por el valor y por la constancia, ¿qué tal si la reclamo también por la prudencia? Alguno se permitirá decirme «es como si quieres mezclar el fuego y el agua». Pero yo pienso conseguirlo si, como hasta ahora, me favorecéis con vuestra escucha y disposición.

Para empezar, si la prudencia se refiere a la práctica de las cosas, a quién corresponde con más propiedad, ¿al sabio, que en parte por vergüenza y en parte por apocamiento de ánimo no emprende nada, o al ignorante, a quien ni la vergüenza que le falta ni el peligro que no considera lo desvían de ninguna empresa? El sabio se refugia en libros viejos de donde no extrae más que sutilezas verbales. El ignorante se arriesga a un cuerpo a cuerpo con las cosas donde adquiere, a mi juicio, la verdadera prudencia. Eso parece que ya lo vio Homero, aun siendo ciego, cuando dijo: «Una vez que ha pasado, lo entiende hasta el que no tiene uso de razón».

El conocimiento de las cosas acarrea dos obstáculos principales: la vergüenza, que nubla el ánimo, y el miedo, que presenta el peligro y disuade de emprender acciones. La estupidez nos libera espléndidamente de ambos. Pocos mortales comprenden cuántas ventajas conlleva no tener nunca vergüenza y atreverse a todo. Y si prefieren esa prudencia que consiste en el juicio de las cosas, quisiera que entendieseis qué lejos están de ella los que se jactan de poseerla. De entrada es indudable que todas las cosas

humanas, como las estatuillas llamadas Silenos que describe Alcibíades, tienen dos aspectos muy diferentes entre sí. Lo que a primera vista, y según dicen, es muerte, si te fijas en su interior, resulta ser vida. Y al contrario, la vida es muerte; lo bello, deforme; lo opulento, paupérrimo; lo infame, glorioso; lo docto, ignorante; lo robusto, endeble; lo generoso, innoble; lo alegre, triste; lo próspero, adverso; lo amigable, hostil; lo saludable, nocivo; en resumen, si abres un Sileno, de golpe verás todas las cosas invertidas. Si esto os parece demasiado filosófico, lo explicaré más llanamente. ¿Quién no reconocerá que un rey es rico y poderoso? Sin embargo, si no tiene un alma equipada para el bien y nada le satisface, viene a ser pobrísimo. Y si tiene un ánimo adicto a varios vicios, entonces es un esclavo vil. Del mismo modo se podría filosofar en otros casos, pero ese ejemplo quizá sea suficiente. Alguno se preguntará a qué viene todo esto. Escuchad lo que ahora vamos a deducir. Si al actor que representa una fábula en escena se le ocurre quitarse la máscara y mostrar a los espectadores su verdadero rostro, ¿no echará a perder todo el cuento y será merecedor de que lo saquen a pedradas del teatro como a un chiflado? De repente, cambiaría el aspecto de todas las cosas: quien hacía de mujer, es ahora un hombre; el joven, anciano; el que poco antes era rey, resulta ser un esclavo; el que representaba un dios, ahora aparece como un pobre hombre. Deshacer el error es en realidad trastornar toda la comedia. La ficción y el disfraz son los que retienen las miradas de los espectadores.

Pues bien, ¿qué otra cosa es toda la vida de los mortales más que una pieza de teatro donde unos y otros aparecen enmascarados y representan sus papeles hasta que el director les hace abandonar el escenario? Muchas veces les hace aparecer con atuendo diferente, y el que hacía de rey purpurado ahora hace de siervo andrajoso. Todo apariencia, sí, pero esta farsa no se lleva a cabo de otro modo.

Si ahora de golpe apareciera un sabio caído del cielo y exclamase que ese que todos tienen por dios y señor no llega ni a hombre, porque se deja llevar como un animal por sus pasiones y es el más bajo esclavo porque sirve a tantos y tan repugnantes amos, aquel de allá, que llora la muerte de su padre, tendría que reír, porque justo ahora empieza a vivir y esta vida no es otra cosa que una especie de muerte. Y ese otro que se jacta de su noble linaje debiera ser llamado innoble y bastardo, porque no puede encontrarse más lejos de la virtud, que es la única fuente de nobleza. En fin, si hablase de ese modo de todas las demás cosas, ¿no lo tomarían todos por demente y loco desatado? Así como nada es más estúpido que la sabiduría fuera de sitio, tampoco hay nada más

imprudente que la prudencia a deshora. Y, en efecto, nadie actúa más a deshora que quien no se acomoda a las circunstancias presentes, no quiere regirse conforme a las leyes del mercado, no recuerda al menos aquella vieja norma de los banquetes, «bebe o vete», e insiste en que la comedia no sea comedia. Por el contrario, el verdadero prudente es quien, sabiéndose mortal, no pretende saber más que el oráculo y, conforme al uso general, prefiere suspender su incredulidad sin reticencia o ilusionarse de buena fe. Dirán que eso mismo es la estupidez. No lo niego, pero a su vez tendrán que reconocerme que así transcurre la farsa de la vida.

XXX

De lo que falta, dioses inmortales, ¿hablaré o guardaré silencio? Pero, si es lo más verdadero, ¿por qué voy a callar? Aunque tal vez sea ventajoso en tan importante asunto dirigirse a las Musas del Helicón, a las que los poetas invocan cada vez más a menudo por simples bobadas. ¡A mí, hijas de Júpiter, nada más que un momento, mientras demuestro que nadie tiene acceso a la fortaleza de la suprema sabiduría y felicidad, como la llaman algunos, si no lo guía la estupidez!

De entrada, es de común consenso que todas las pasiones son patrimonio de la estupidez. La diferencia constante entre el estúpido y el sabio radica en que aquel se gobierna por las pasiones y este por la razón. Por eso consideran los estoicos que los desórdenes son enfermedades que el sabio ha de evitar. Pero las pasiones no solo son guías y educadoras que conducen al puerto de la sabiduría, sino que en todo tienen la función de la virtud como espuela y fusta que exhorta a obrar bien. Con todo, Séneca el archiestoico reclama que el sabio tiene que suprimir toda pasión. Pero quien hiciera eso no tendría ya nada de humano, sino que más bien sería un dios o un demiurgo, cosa que nunca hubo ni habrá, o, por decirlo más claro, se convertiría en una estatua de mármol con aspecto de hombre, pero insensible y privada de todo sentimiento humano. Ahora, si se empeñan, que disfruten de su sabio y lo veneren por encima de todo, siempre que lo hagan en la ciudad de Platón o, si lo prefieren, en el reino ideal o en el huerto de Tántalo.

A la vista de semejante hombre, ¿quién no huiría horrorizado como de un monstruo o espectro? Sería alguien sordo a todos los sentidos naturales, incommovible frente a todas las pasiones, ajeno al amor o la misericordia, como si fuera de granito o mármol de

Marpesia, uno a quien nada se le escapa y que en nada se equivoca, y que como Linceo todo lo descubre y mide sin margen de error, y solo está satisfecho de sí mismo, el único rico, el único cuerdo, el único rey, el único libre, en fin, el único en todas las cosas, aunque tan solo a su parecer. No hace caso a ningún amigo, pues no es amigo de nadie, y no duda en mandar a la horca a los mismos dioses. Uno, en fin, que todo cuanto sucede lo desaprueba como locura ridícula. Un espécimen así es el sabio absoluto.

Ahora, si hubiera que decidirlo mediante los votos, ¿qué ciudad querría para sí semejante magistrado, o qué ejército lo elegiría general? Más aún, ¿qué mujer escogería o aguantaría a un marido así, qué anfitrión a semejante comensal, o qué siervo a un amo de tal conducta? ¿Quién no preferiría a uno corriente de la masa de hombres ignorantísimos, un estúpido que supiera mandar y obedecer a los estúpidos como él, uno del agrado no solo de sus semejantes sino también de la mayoría, amable con su esposa, jovial con los amigos, atento con sus invitados, agradecido con quien le invita y, en fin, que nada humano le fuera ajeno? Pero ya me está cargando este sabio, así que hablaré de las demás cosas útiles que aporto.

XXXI

Vamos allá. Si alguien desde un altozano, como dicen los poetas que suele hacer Júpiter, contemplase en derredor a qué calamidades está sometida la vida de los hombres, su miserable y sucio nacimiento, su educación trabajosa, su niñez expuesta a tantas iniquidades, su juventud obligada a tantas fatigas, la vejez penosa, la dura necesidad de morir, la multitud de enfermedades, los accidentes acechantes y las desdichas sobrevenidas, nada vería en fin que no esté teñido de hiel, y eso que no quiero hacer mención de los males que los hombres sufren a manos de otros hombres, como pobreza, cárcel, infamia, vergüenza, tormentos, insidias, traiciones, calumnias, litigios y fraudes. Pero estoy poco menos que llevando el recuento de las arenas del mar. Por lo demás, no es mi cometido en este discurso determinar si los hombres merecieron esos males o qué dios airado los forzó a nacer en medio de tales miserias. Pero quien medite lo dicho, ¿no aprobará el ejemplo de las doncellas de Mileto aunque le inspiren compasión? ¿Quiénes fueron, según es muy notorio, los que precipitaron su destino a causa del tedio vital? ¿No fueron los más cercanos a la sabiduría? Entre ellos, dejando a un lado a los Diógenes,

Jenócrates, Catones, Casios y Brutos, estuvo el célebre Quirón, que pudiendo figurar entre los inmortales prefirió la muerte. Supongo que veis lo que pasaría si los hombres se dedicaran a ser tan sabios como los susodichos: harían falta otra arcilla y otro Prometeo alfarero.

Pero en tantos males, yo soy la que acude en su auxilio, en parte mediante la ignorancia, en parte mediante la irreflexión, no pocas veces por medio del olvido de las cosas malas y alguna que otra también por la esperanza de las buenas; en alguna ocasión les rocío con una gota de la miel de los placeres, de manera que no desean dejar la vida aunque el hilo de las Parcas se les acabe y sea ya la vida quien los deja a ellos; y contra menos motivos tienen para aferrarse a ella, tanto más desean vivir y menos riesgo corren de que el hastío les afecte.

Una consecuencia patente de mis dones es que se ven por todas partes viejos de ancianidad nestórea a quienes apenas les queda figura humana, balbucientes, seniles, desdentados, canosos, calvos, o, por decirlo como Aristófanes, mugrientos, corcovados, farfullantes, arrugados, pelados, amolados y agujereados, pero no por eso menos apegados a la vida e incluso comportándose como si fueran jóvenes, de manera que uno se tiñe las canas, otro disimula la calvicie con una peluca, aquel usa dientes quizá prestados de un cerdo, este se muere por una chica y quiere superar en extravagancias de enamorado a un adolescente, y los hay con un pie en la tumba que toman por esposa alguna jovencita sin dote y destinada al uso ajeno, cosa que se observa con frecuencia y hasta se alaba como última moda.

Y aún es más agradable si uno se fija en esas difuntas de hace muchos años, con tal aire cadavérico que parecen haber regresado del más allá que no dejan de saludar a la luz, y andan constantemente en celo como las gatas, o más bien, como dicen los griegos, como las cabras, y llevan consigo un joven Faón de alquiler que les cuesta caro, se pringan sin cesar de cosmético el rostro, no se separan del espejo, se arrancan el pelo de lo más bajo del pubis, exhiben sus pechos arrugados y lacios, solicitan su deseo con gañidos trémulos y lánguidos, beben, se entrometen en los bailes de las chicas y escriben cartitas de amor. Todos se ríen de ellas como si fueran el colmo de la estupidez, y lo son, pero ellas están satisfechas de sí mismas y entretanto se lo pasan en grande, se bañan enteras en miel, y se puede decir que, gracias a mí, son felices.

A quienes encuentran esto ridículo les pediría que piensen si no es mejor dejarse llevar por esa estupidez que dulcifica la vida antes que buscar, como suele decirse, una viga

para ahorcarse. Además, esas cosas que la gente tiene por infamantes no lo son para mis estúpidos, que no perciben ese mal o, si lo sienten, lo pasan por alto con facilidad. Que te alcance una pedrada en la cabeza, eso sí que es un mal, pero la vergüenza, la infamia, la deshonra y la maledicencia, todo eso no hace daño, salvo en la medida que se siente, y si falta ese sentimiento, los males no son tales. ¿Qué más te da que todo el mundo te silbe, si tú te aplaudes? Ahí tienes algo que solo la estupidez hace posible.

XXXII

Ya me parece oír a los filósofos protestando. Justamente eso, dirán, es lamentable, estar sujeto a la estupidez, equivocarse, engañarse, ser ignorante. Pues no; eso es ser hombre. Además, no veo por qué lo consideran lamentable, cuando así habéis nacido, de esa manera estáis educados y en esa condición, que es la común de todos, os habéis formado. Nada de lo esencial en la especie es lamentable, es como si se considera deplorable que el hombre no sepa volar como las aves, ni andar a cuatro patas como el resto de los cuadrúpedos, ni esté provisto de cuernos como los toros. Por lo mismo, se podría considerar al caballo sumamente desgraciado porque no aprende gramática ni come pasteles, y al toro infeliz porque es un negado en los ejercicios de retórica. Así como un caballo ignorante de la gramática no es digno de compasión, tampoco es desgraciado un hombre estúpido, porque en ambos casos se trata de cosas coherentes con su naturaleza.

Aquí volverán a la carga los empujapalabras. Es peculiaridad humana, dirán, adquirir conocimientos de las diversas disciplinas y compensar con el ingenio aquello que la naturaleza ha escatimado. Como si tuviera algún vestigio de verdad que la naturaleza, que se condujo tan providencial con los mosquitos, las hierbas y las florecillas, se hubiera quedado dormida en el instante de dotar al hombre, de manera que se hicieron necesarias las ciencias que Teuto, el genio enemigo del género humano, inventó con la intención de perjudicarlo, porque son disciplinas no solo inútiles para la felicidad, sino perniciosas para quien las ejerce, como arguyó aquel rey prudentísimo sobre la invención de las letras, según narra con gran finura Platón.

Así que las ciencias irrumpieron en la vida humana a la vez que el resto de pestes y fueron traídas por los mismos autores que introdujeron todas las infamias, a saber, los demonios, cuyo nombre viene del griego y quiere decir «los sabedores». En verdad, qué

gente sencilla fue aquella de los siglos dorados, totalmente carente de ciencia y guiada solo por la naturaleza y el instinto. ¿De qué les servía la gramática, si tenían todos la misma lengua y con las palabras no pretendían otra cosa que entenderse unos a otros? ¿Qué utilidad tenía la dialéctica, cuando no había debate de opiniones? ¿Que pintaba la retórica, si no se metían en negocios ajenos? ¿Para qué querían la jurisprudencia, si faltaban las malas costumbres, a partir de las cuales se engendraron sin duda las buenas leyes? Además, eran más religiosos, porque estaba reputada como nefasta la curiosidad impía por los misterios de la naturaleza y por escrutar las dimensiones de los astros y los movimientos, efectos y causas recónditas de las cosas, así como pretender indagar más allá del propio destino del hombre mortal. Ya inquirir que habría más allá del cielo era una locura que no les cabía en la cabeza. Pero decayó poco a poco la pureza de la Edad de Oro, con las artes que inventaron, como dije, los genios perversos, aunque eran pocas y con escasos practicantes. Luego, la superstición de los caldeos y la frivolidad ociosa de los griegos añadieron un número incontable, meras torturas de los ingenios, hasta el punto de que solo la gramática basta para ser el tormento constante de toda una vida.

XXXIII

Por lo demás, las más apreciadas de esas disciplinas son las más próximas al sentido común, o sea, a la estupidez. Los teólogos se mueren de hambre y los físicos de frío, los astrólogos dan risa y los dialécticos pena. Sólo el médico vale por muchos hombres. En ese oficio, cuanto más ignorantes, descarados e inconsiderados, en mayor estima se les tiene, sobre todo entre los príncipes y próceres condecorados. De hecho, la medicina, tal y como se ejerce hoy, no es otra cosa que una materia del arte de seguir la corriente al cliente, no muy diferente de la retórica.

A continuación vienen los leguleyos, si es que no ocupan el primer lugar, una profesión sobre la que no me pronunciaré, pero que suscita total consenso entre los filósofos a la hora de considerarla asnal y risible. Pero esos asnos controlan a su capricho los negocios mayores y menores. Sus latifundios crecen, mientras el teólogo, por más que haya indagado estanterías repletas de tratados sobre la esencia divina, roe altramuces y libra una guerra incesante con chinches y piojos.

De modo que las artes más exitosas son las que más afinidad tienen con la estupidez.

En consecuencia, los más felices son quienes se abstienen de toda relación con cualquiera de las ciencias y solo siguen a la naturaleza, que nunca nos falla, salvo cuando pretendemos rebasar los límites impuestos a los mortales. La naturaleza detesta el artificio y lo que no ha sido echado a perder por el arte se desarrolla mucho mejor.

XXXIV

¿Es que no veis que del resto de las criaturas las más felices son las más ajenas a toda ciencia y no tienen otra guía que la naturaleza? ¿Hay seres más dichosos y admirables que las abejas? Y ni siquiera poseen todos los sentidos. ¿Qué arquitectura construiría edificaciones similares? ¿Qué filósofo sería capaz de concebir una república parecida?

En cambio, el caballo, que tiene sentidos parecidos al hombre y se mueve en su compañía, participa de las mismas calamidades humanas. No es raro verle reventar en las carreras porque se avergüenza de perder, o en las guerras porque ambiciona la victoria, y suele morder el polvo al mismo tiempo que su jinete. Por no mencionar el freno, las espuelas, la cárcel del establo, la fusta, los palos, las trabas, el jinete y en suma toda esa tragedia de la servidumbre a la que se sometió en imitación de los valerosos héroes que se lanzan desbocados contra el enemigo.

Cuánto más envidiable es la vida de las moscas y las aves, que en todo momento siguen el instinto natural, al menos mientras escapan a las acechanzas humanas. Cuando se les mete en jaulas y se acostumbran a emitir voces humanas hay que ver cómo degenera su canto natural. Pues en esa proporción es más excelso lo condicionado por la naturaleza que lo amañado por el arte. Por eso nunca se alabará bastante al filósofo Pitágoras, que luego de haberlo sido todo, mujer, rey, persona particular, pez, caballo, rana y no sé si también esponja, ninguna criatura le pareció tan calamitosa como el hombre, porque mientras las demás estaban contentas en sus confines naturales, solo este se empeñaba en salirse de sus límites.

XXXV

Y entre los hombres apreciaba a los idiotas por encima de los doctos e ilustres, y a Grillo

lo tenía por bastante más avisado que a Ulises, el fértil en invenciones, porque prefirió seguir gruñendo en la lechonera que salir con él en busca de miserables azares. Me parece que Homero, padre de las bobadas, estaría de acuerdo con él, porque llama a todos los mortales una y otra vez miserables y desgraciados, y a Ulises, su modelo de sabio, le llama muchas veces infeliz, cosa que jamás dice de Paris, Áyax, ni Aquiles. ¿Por qué? ¿No sería porque aquel astuto y taimado no hacía nada sin el consejo de Palas, y sabía muchísimo a base de alejarse lo más posible de ser guiado por la naturaleza?

Entre los mortales, por lo tanto, los más alejados de la felicidad son los que estudian la sabiduría, por lo cual son doblemente estúpidos, porque habiendo nacido hombres se olvidan de su condición y pretenden una vida como la de los dioses inmortales y, como los gigantes, declaran la guerra a la naturaleza con el armamento de las ciencias, por eso parecen menos desgraciados los que se aproximan a la inteligencia y estupidez de los brutos, y no intentan nada más allá de lo humano.

Veamos si conseguimos demostrarlo, no con los emboliques de los estoicos, sino con un ejemplo palpable. Por los dioses inmortales, ¿hay alguien más feliz que esa clase de hombres que la gente llama bobos, lelos, tontos y memos, títulos que, a mi parecer, suenan elegantísimos? Es una cosa que de entrada quizá parezca estúpida y absurda, pero es la pura verdad. Para empezar, no tienen miedo a la muerte, que no es un inconveniente pequeño, y tampoco tienen remordimientos de conciencia. No les asustan los cuentos sobre el más allá, ni temen a los espectros y los fantasmas, no les atormenta el miedo a los males venideros, ni les desquicia la esperanza de los bienes futuros. En resumen, no les torturan las mil preocupaciones que amargan la vida. No se avergüenzan, no tienen aprensión, no ambicionan, no aman. Encima, aunque se aproximan a la ignorancia de los brutos irracionales, no pecan, según ratifican los teólogos.

Sopese bien, sabio tontísimo, qué preocupaciones crucifican día y noche tu ánimo, reúne en un montón las penas de toda tu vida, y solo entonces comprenderás cuántos males se ahorran mis bobos. Añade que no solo se regocijan, juegan, cantan y ríen sin cesar, sino que adonde quiera que van llevan consigo el goce, el juego y la risa, como si fuera un don por la gracia de los dioses a fin de que alegren la tristeza de la vida humana. En consecuencia, sucede que mientras los demás hombres inspiran diversas inclinaciones, todos estos son reconocidos del mismo modo como allegados, y se les solicita, invita, festeja, abraza y socorre si hace falta; además se les tolera todo lo que

puedan decir y hacer. Y luego, nadie quiere causarles daño, y hasta las fieras y bestias contienen ante ellos su rigor como percibiendo su inocencia natural. Son en verdad sagrados para los dioses y sobre todo para mí, así que nadie atenta a su honor.

XXXVI

Y hasta qué punto regocijarán a los reyes que ya no quieren comer, pasear, ni pasar un momento sin ellos. No hay rato pequeño que no prefieran estar con estos bobos antes que con los sabios tétricos que suelen mantener por pura honrilla. El motivo no hay que considerarlo oscuro ni admirable, porque los sabios no les dicen más que cosas tristes, y confiados en su doctrina no miran que están fastidiando delicados oídos con verdades cargantes; los bufones, en cambio, se ocupan de entretener a los príncipes con juegos, risas, carcajadas y gracias. Fijaos en una cualidad no despreciable de mis estúpidos, y es que solo los tontos dicen la verdad. ¿Y qué hay más digno de alabanza que la verdad? Aunque Alcibíades, según Platón, cita el proverbio que atribuye la verdad al vino y la infancia, lo cierto es que se trata de una particularidad debida a mí, y así lo testimonia Eurípides, de quien procede la famosa aseveración referida a nosotros que dice «De tontos, tontadas». Al estúpido le asoma en la cara lo que lleva en el pecho, y así lo anuncia su palabra. El sabio tiene dos lenguas, como recordó Eurípides, una de ellas dice la verdad y la otra, lo que se juzga oportuno según el momento. Típico de ellos es convertir lo negro en blanco, y de la misma boca les brota igual frío que calor. Hay mucha diferencia entre lo que guardan en su interior y sus palabras fingidas. Así que, en medio de tanta felicidad, los príncipes me parecen desgraciadísimos porque les falta quien les diga la verdad y tienen aduladores en vez de amigos.

Alguno dirá que más bien aborrecen la verdad y que por eso mismo evitan a los sabios, temiendo que alguno más atrevido les diga algo más verdadero que divertido. Es cierto que no les gusta la verdad, pero eso mismo obra a favor de mis tontos, porque de ellos se oyen con gusto no solo verdades sino auténticas injurias, hasta el extremo que si un sabio dijera lo mismo se ganaría la pena capital, y en cambio si lo dice un bufón produce una gracia increíble. La verdad posee cierta virtud natural si no conlleva nada ofensivo, pero es un don que los dioses solo concedieron a los tontos. Es el motivo por el que los hombres de esa clase alegran tanto a las mujeres, de por sí más propensas al goce

y las bobadas. Cualquier cosa que hagan, aunque sean cosas de mucha gravedad, ellas lo interpretan como algo lúdico y jocoso, porque su sexo es ingenioso a la hora de encontrar excusas para sus deslices.

XXXVII

Volviendo a la felicidad de los bobos, una vez pasada la vida de manera encantadora, sin ningún miedo ni noción de la muerte, van derechos a los Campos Elíseos, y allá divierten a las almas pías y ociosas con sus ocurrencias. Comparemos ahora la suerte del sabio con la de un bobo de esa clase. Imaginad un dechado de sabiduría, un hombre que pasó toda su niñez y adolescencia estudiando asignaturas, y la mejor parte de su vida en vigilias interminables, preocupaciones y fatigas, y por lo demás sin probar ni un tanto así de placer, siempre parco, pobre, triste, sombrío, duro e injusto consigo mismo, serio y riguroso con los demás, pálido, macilento, débil, legañoso, envejecido y canoso prematuro, que se va de la vida antes de tiempo. Aunque, ¿qué más da cuando muere uno de estos que nunca vivió? Ahí tenéis el distinguido retrato de un sabio.

XXXVIII

Otra vez me atruenan los oídos las ranas estoicas: «Nada —croan— es más lamentable que la locura», y la estupidez suma se aproxima a la locura, o más bien es la locura misma, pues ¿qué es enloquecer, sino perder el juicio?

Pero ahí se equivocan por completo. Así que vamos a refutar semejante silogismo con la ayuda de las Musas. Es una argumentación parecida a la de Sócrates, que enseñaba, según Platón, cómo hacer de una Venus, dos, y de un Cupido, también dos. Así mismo, estos dialécticos tendrían que distinguir entre las dos locuras si quisieran parecer cuerdos. Y es que no toda locura es calamitosa. De otro modo, no habría dicho Horacio: «Bromea conmigo la querida locura», ni Platón habría clasificado entre los principales bienes de la vida el frenesí de los poetas y los amantes, ni la famosa adivina habría calificado de loca la empresa de Eneas. Hay, en efecto, dos clases de locura: una es la que envían del infierno las funestas diosas de la venganza, quienes lanzan las serpientes

que engendran en el pecho de los mortales el ardor bélico, la insaciable sed de oro, el amor abominable e indecoroso, el parricidio, el incesto, el sacrilegio y otros géneros de ruina, o bien la conciencia culpable y consciente que las Furias alumbran con la antorcha del terror. Y hay otra muy distinta que, como procede de mí misma, es sumamente apetecida por todos. Esta tiene lugar cuando una alegre ilusión de la razón libera el ánimo de cuitas ansiosas y a la vez hace aflorar el perfume de un placer multiforme. Esa ilusión de la razón la desea Cicerón cuando escribe a Ático como si fuera un gran regalo de los dioses, porque puede hacer olvidar tantísimos males. Y tampoco la percibía de forma errónea aquel argivo que estaba enajenado hasta el punto de que todos los días iba él solo al teatro y allá se reía, aplaudía y disfrutaba creyendo ver representadas tragedias admirables, aunque en el escenario no pasaba nada en absoluto, y en lo demás de su vida se conducía cabalmente, siendo alegre con los amigos, cordial con su mujer, indulgente con los esclavos y ni siquiera se enfadaba cuando veía que le habían trasegado alguna botella. Cuando los parientes le curaron el desatino con medicamentos, ya vuelto en sí, se quejaba a sus compañeros: «Me habéis matado, amigos, y no curado, porque me habéis robado el placer y arrebatado a la fuerza mi agradabilísima ilusión».

Y decía bien; los demás desbarraban y eran quienes más necesitaban el eléboro, porque consideraban que una locura tan feliz y alegre debía ser extirpada con pociones como si fuera una enfermedad. No quiero decir con esto que cualquier error de los sentidos o la razón deba ser llamado locura. Por ejemplo, que a un legañoso un asno le parezca un mulo, o que unos poemas ramplones se admiren como refinadísimos, no ha de tomarse sin más por locura. Pero allá donde no tanto los sentidos como el juicio del entendimiento sea el que falle, y lo haga siempre apartándose de lo habitual y admitido, empieza a rozar la locura; por ejemplo, el que cada vez que oye rebuznar un asno considere que está escuchando orquestas admirables, o quien, nacido en cuna pobrísima, crea ser Creso, el rey de los lidios. Pero si ese género de locuras, como suele ser habitual, tienden a lo placentero, procuran un deleite no más pequeño a quien las padece que a los que las contemplan y sin embargo no desbarran. Esa especie de locura es más común de lo que cree la gente. Un loco se ríe de otro, y ambos se proporcionan placer. Y no rara vez veréis que el mayor loco es el que más se ríe del que lo está menos.

El más feliz es quien desbarra de más maneras, siempre que dé en ese género de locuras que, os lo dice la Estupidez, nos caracterizan. Un género tan extenso que no sé si habrá en toda la humanidad un solo juicioso que no tenga en cierto momento algún tipo de locura. La diferencia radica en el grado: a quien, al ver una calabaza, cree que es una mujer, se le dice loco porque es algo que pasa pocas veces; ahora bien, el que jurase que su esposa, que comparte con muchos, es más fiel que Penélope y se felicita dándose tono, sería un iluso feliz y nadie lo tildaría de loco, porque es algo que, con toda evidencia, les pasa a muchos maridos.

A este género pertenecen aquellos que, donde esté la caza, todo lo desprecian y aseguran sentir un placer increíble cada vez que oyen el repelente sonido del cuerno y los aullidos de los perros, y creo que hasta oler sus excrementos les parece ambrosía. ¿Y qué decir de lo encantador que es descuartizar la pieza? Trocear bueyes y corderos lo tienen por vil y plebeyo, solo si el corte se aplica a la pieza salvaje, se trata de algo selecto y exclusivo. No hay más que verle con la cabeza descubierta, arrodillado y empuñando el cuchillo para ello destinado, porque hacer eso mismo con cualquier otro sería inadmisibile, cómo corta con gestos ritualizados determinados miembros siguiendo un orden religioso, mientras la turba circunstante lo admira como si hiciera algo nunca visto y no hubieran presenciado más de mil veces el espectáculo. Si alguno consigue probar un trozo se tendrá por ascendido a la nobleza. Lo cierto es que, con tanto perseguir fieras y alimentarse solo de ellas, los mismos hombres degeneran de algún modo a fieras, mientras creen llevar vida de reyes.

Y muy semejantes a este género son los que arden en el insaciable celo de edificar, que ahora dejan lo redondo por lo cuadrado y enseguida lo cuadrado por lo redondo. No tienen tope ni medida, hasta que se ven reducidos a la indigencia, sin techo ni pan. Y al final, ¿qué? Pues que al menos disfrutaron como quisieron algunos años.

Encuentro muy próximos a ellos a los que, mediante artes nuevas y misteriosas, buscan cambiar la configuración de las cosas y persiguen no sé qué quintaesencia por tierras y mares. Esa dulce esperanza los seduce de tal modo que no reparan en gastos ni esfuerzos, y siempre están ideando algo que aunque no les sale bien les produce una ilusión agradable, hasta que, gastados sus posibles, no tienen ni para encender el hornillo. Y por eso no dejan de soñar sus quimeras y de animar a otros a buscar la misma felicidad. Una vez perdida toda esperanza, les queda una sentencia que les consuela

mucho: «En las cosas grandes, intentarlo es suficiente». Y echan la culpa a la brevedad de la vida, que no alcanza para las empresas de magnitud.

Con los jugadores, tengo mis dudas, y no sé si habría que admitirlos en nuestro colegio. Pero en todo caso ofrecen un espectáculo estúpido y ridículo hasta el no va más, cuando los vemos tan adictos al juego que no acaban de oír el ruido de los dados y ya les galopa el corazón. Además, cuando llevados por la esperanza de ganar, echan a pique su patrimonio y naufragan en el escollo del azar, no menos temible que el cabo Malea, apenas salen del agua desnudos y ya están tramando un fraude a quien sea, salvo a quien les ha ganado, no se diga que no son hombres de palabra. ¿Y qué diré de esos viejos medio ciegos que siguen jugando con gafas y al final, cuando la artrosis les agarrota las articulaciones, alquilan uno que agite los dados en su lugar? Sería gracioso si el juego no acabara casi siempre en ira, que ya pertenece al departamento de las Furias, y no al mío.

XL

Otros hombres sin duda de nuestra pasta son los que disfrutan oyendo o narrando milagros y prodigios falsos, y no se cansan jamás de semejantes cuentos con tal de que sean de espectros, aparecidos, infiernos y maravillas similares que cuanto más se alejan de la verdad tanto más creíbles les parecen y más regodeo les causa oírlos. Y no es que apunten a pasar el rato, sino más bien a llenar la bolsa, en especial de clérigos y predicadores.

Estos, a su vez, son afines a los que se persuadieron de la creencia estúpida y chistosa de que si en lo venidero echaban el ojo a una estatua o cuadro del Polifemo que carga con el Cristo, ese día no morirían, o si saludaban a una escultura de santa Bárbara con las palabras adecuadas, volverían ilesos de la guerra, o si ponían a san Erasmo ciertos días determinadas velas y murmuraban tales jaculatorias, pronto se harían ricos. En san Jorge han encontrado un segundo Hércules, igual que aquel antiguo Hipólito, y han enjaezado religiosamente su caballo con estribos y orejeras de lujo. Sólo les falta rezarle; de momento procuran ganarse el favor del santo con obsequios y jurando por su casco al estilo de los reyes.

¿Y qué diré de los que se engañan bonitamente con perdones ficticios y miden como con clepsidras el tiempo del purgatorio, los siglos, años, meses, días y horas, sin margen

de error, igual que en las tablas matemáticas? Y luego están los que usan notitas y ensalmos que inventó algún impostor por burla o para cobrar, y creen que conseguirán riqueza, honores, placeres, banquetes opíparos, salud perpetua, larga vida, vejez vigorosa y sitio junto a Cristo en el más allá, aunque las delicias celestiales solo las quieren una vez que hayan disfrutado de las cosas buenas de la vida y sean desprendidos de ellas a la fuerza, porque se agarrarán con uñas y dientes. De estos me parece que son algunos soldados y jueces que ofrecen algún céntimo de toda su rapiña creyendo que compensan de un plumazo toda una vida de perjurios, excesos, borracheras, peleas, asesinatos, falsedades, perfidias y traiciones, y tanto lo creen que se sienten autorizados para volver a empezar todo un nuevo cúmulo de crímenes. Pero es difícil que los haya más estúpidos, quiero decir felices, que quienes se prometen la felicidad suprema si rezan cada día aquellos siete versículos de los salmos que, por cierto, se los debió de enseñar a san Bernardo algún demonio bromista, aunque algo bobo, porque al final el santo le tomó el pelo.

En realidad, se trata de estupideces tales que yo misma me avergüenzo al verlas aprobadas, no por la plebe, sino por los profesores de religión. ¿No pertenece a este apartado que cada región tenga su propio santo particular? Y a cada cual se le atribuye una especialidad, y se le rinde un culto específico, de modo que uno auxilia en caso de dolor de muelas, aquel se ocupa de las parturientas, el otro restituye las cosas robadas, ese conduce a los naufragos a buen puerto, este protege los rebaños y así sucesivamente, que citarlos a todos sería inacabable. Y la que más especialidades auxiliadoras tiene es la Virgen Madre de Dios, que para la gente vulgar tiene más poder que el hijo.

XLI

Pero, a ver, ¿qué les piden los hombres a esos santos más que cosas que son competencia de la estupidez? Decidme, entre todas esas ofrendas que pueblan los muros de los templos y a veces incluso cubren las bóvedas, ¿visteis alguna con motivo de haberse curado de la estupidez, o por haberse vuelto un poco más sabio? Uno se salvó nadando; otro sobrevivió después de ser ensartado por el enemigo; un tercero, mientras los demás luchaban, huyó no menos afortunado que valiente; otro más, que ya colgaba en el patíbulo, rogó a un santo amigo de los ladrones y se desprendió para seguir aligerando a

gente enriquecida por malos medios; este rompió su prisión; ese se curó de la fiebre con gran indignación del médico; aquel bebió un veneno que le purgó el cuerpo, y fue remedio y no perdición, aunque no alegró a su mujer, que invirtió en vano la molestia y el gasto; otro más volcó el carro, pero llevó sanos los caballos a casa; otro salió vivo de un derrumbe; y hay uno que escapó de un marido que lo había pillado in fraganti; pero ninguno que dé las gracias por haberse librado de la estupidez. Y es que el no saber nada es cuestión tan agradable que los mortales suplican librarse de cualquier cosa antes que de la tontería. Pero ¿a qué me meto en este océano de supersticiones? Ni aunque tuviera cien lenguas, otras tantas bocas y una voz de hierro podría enumerar las clases de tontos y nombrar todas las estupideces.

La vida entera de los cristianos rebosa de ese tipo de desvaríos admitidos y fomentados por el clero, sabedor de que así aumentan los estipendios. Si apareciese entre ellos un sabio detestable y les replicase: «No morirás mal, si vives bien; redimirás tus pecados, si añades a la ofrenda lágrimas, vigiliias, oraciones, ayunos y cambias tu manera de vivir; entonces ese santo que procuras imitar te será favorable». Si el sabio les dijera eso y cosas parecidas, cuánta felicidad les arrebataría y en qué confusión los pondría.

Colegiados en la misma hermandad están los vivos que determinan sus pompas fúnebres con tanto detalle que señalan cuántas antorchas, cuántos portadores, cuántos cantores y qué atuendo llevarán los actores, como si les fueran a devolver los sentidos para asistir al espectáculo, o si fuera vergonzoso para los difuntos no disponer de un cadáver transportado con lujo y con el cuidado que ponen los concejales de festejos y banquetes públicos.

XLII

Aunque tengo prisa, no puedo pasar en silencio por los que, no distinguiéndose en nada de un pobre artesano, blasonan de algún título inane de nobleza. Ese procede de Eneas, el otro de Bruto y aquel del rey Arturo. Ostentan esculturas y pinturas de sus mayores, enumeran bisabuelos y tatarabuelos, y conmemoran antepasados rancios al tiempo que ellos no se diferencian mucho de la estatua muda y los aparejos que exhiben. Hay que ver lo agradable que les hace la vida mi Vanagloria. Y no faltan los que creen que esa clase de ganado se asemeja a los dioses.

Pero no sé para qué hablo de un género y de otro, cuando lo cierto es que Vanagloria fabrica por todas partes millares de felicísimos modos de vida. Ese que es más feo que un mono, ¿no se tiene por más guapo que Nireo? El otro, que no acaba de trazar tres líneas con el compás, cree que es Euclides. Y el de allá, auténtico asno que toca el arpa y masculla como el marido de la gallina, está convencido de ser otro Hermógenes.

Otro género muy divertido de locura es la del que se jacta de las dotes de sus servidores como si fueran suyas. De esos era aquel rico feliz citado por Séneca que, cuando iba a contar cualquier anécdota, tenía alrededor esclavos que le indicaban los nombres, y no dudaría en hacerles competir en un campeonato de boxeo, porque era tan poca cosa que solo vivía gracias a la confianza que le daba estar en casa rodeado de una tropa de robustos siervos.

¿Valdrá la pena citar también a los profesionales de las artes? Todos ellos vástagos de mi Vanagloria hasta tal extremo que no encontraréis quien no prefiera renunciar a la huertica que le dejó su padre antes que al título de genio. Se trata principalmente de actores, cantores, oradores y poetas que cuanto más ignorantes son, mayor gusto encuentran en la insolencia y en mostrarse engreídos y voceras. Y no dejan de hallar tarugos del mismo corte, de modo que el más inepto es quien más admiradores cosecha, y siempre son los peores los que mayor entusiasmo despiertan, porque la mayoría de la humanidad, como ya dijimos, está sometida a la estupidez.

Ahora, si quien es más ignorante está mucho más satisfecho de sí y despierta mayor admiración, ¿quién va a preferir la auténtica erudición que primero cuesta mucho adquirir, luego vuelve a uno más comedido y tímido, y por último agrada a muchos menos?

XLIII

Veo en efecto que la naturaleza, así como presta a cada mortal su vanagloria, igualmente lo hace con cada nación e incluso cada ciudad. Así que los ingleses vindican para sí la hermosura, la música y la buena mesa. Los escoceses, la nobleza y sus títulos de parentesco regio, sin olvidar la sutileza dialéctica. Los franceses se dicen los primeros en conducta civilizada, y en particular los parisinos se arrojan la peculiaridad de ser imbatibles en la ciencia de la teología. Los italianos, en literatura y elocuencia, cosa que

pretenden todos, pero ellos se creen los únicos de los mortales que no son bárbaros. Es un género de felicidad en que los romanos ostentan la primacía, y siguen soñando con aquella Roma antigua. Los venecianos gozan de su consideración de nobleza. Los griegos, creadores de tantas disciplinas, requieren para sí el título de venerables héroes de la Antigüedad. Los turcos y demás bárbaros reclaman la alabanza de la religión y desprecian a los cristianos como supersticiosos. Los judíos, mucho más graciosos, siguen esperando con tranquilidad al mesías y se aferran hasta hoy a su Moisés. Los españoles no conceden a nadie su gloria guerrera. Los alemanes se complacen en su prestancia corporal y su conocimiento de la magia.

XLIV

Aunque no pretendo llevar un recuento detallado, creo que habréis visto cuánto placer reparte por todas partes, individual y colectivamente, la Vanagloria, tan parecida a su hermana Adulación. Halagarse a uno mismo es vanagloria; si se halaga a otro, es adulación. Hoy la adulación está mal considerada, pero solo entre aquellos que se dejan impresionar más por los nombres de las cosas que por las cosas en sí. Consideran que la adulación no se lleva bien con la sinceridad, pero si se fijaran en los ejemplos de los animales verían que es todo lo contrario. ¿Qué hay más adulator que un perro? ¿Y algo más fiel? ¿Qué hay más zalamero que una ardilla? ¿Y qué más amigable para el hombre? Salvo que se sostenga que los leones crueles y feroces, o los tigres salvajes, o los leopardos furiosos se avienen mejor con la vida de los hombres.

Cierto es que se practica una adulación radicalmente perniciosa mediante la que algunos traidores y cínicos llevan a los incautos a la perdición, pero esta mía, que nace de la benevolencia y el candor del corazón, se aproxima más a la virtud que esa otra que se le opone, a saber, la aspereza o malhumor desabrido y, como dice Horacio, impertinente. La mía conforta el ánimo decaído, consuela a los tristes, alivia a los que padecen, ablanda a los iracundos, reconcilia a los enamorados y mantiene los afectos. Seduce a la infancia para conducirla al estudio de las letras, regocija a los viejos, amonesta e instruye a los príncipes sin ofenderlos con el aspecto de la alabanza. Consigue, en resumen, que cada cual sea más agradable y amable consigo mismo, que es lo esencial de la felicidad.

¿Qué hay más servicial que dos mulos que se rascan el uno al otro? Y no quiero insistir en el gran papel que representa la adulación en la tan venerada elocuencia, un papel que es aún mayor en la medicina, y supremo en la poesía. Total, que es la miel y condimento de toda relación humana.

XLV

Replicarán que engañarse es lamentable; pero lo más lamentable que puede haber es no engañarse. Se equivocan grandemente quienes piensan que la felicidad humana se encuentra siempre en las mismas cosas, porque depende de las opiniones sobre ellas. Ahora bien, la variedad y oscuridad de las cosas humanas es tal que no se puede saber nada con nitidez, como han dicho mis académicos, que son los menos insolentes de los filósofos. En todo caso, si se puede saber algo, suele ser en perjuicio de la alegría de la vida. Después de todo, el ánimo humano está moldeado de tal manera que es más influenciado por lo amañado que por lo verdadero. Si alguien lo quiere experimentar, no tiene más que acudir a los templos, donde, cuando se predica algo serio, todos duermen, o bostezan o están fastidiados. Pero si el vociferador (ha sido un desliz, quería decir declamador) anuncia, como a menudo suele hacer, algún cuento de vieja, todos espabilan, se yerguen y escuchan con la boca abierta. Veréis que si se celebra a un santo fabuloso y poético, del estilo de san Jorge, san Cristóbal o santa Bárbara, hay mucha más devoción que si se trata de san Pedro, san Pablo o el mismo Cristo. Bueno, eso no tocaba ahora. Pero, cuánto menos cuesta acceder a esa clase de felicidad. No obstante, para captar las cosas en su esencia hace falta un esfuerzo continuo, aunque se trate de irrelevancias como la gramática.

La opinión, en cambio, se adquiere con gran facilidad. Y, sin embargo, es igual o mucho más eficaz para alcanzar la felicidad. Si uno se come un pescado podrido que los demás no pueden ni oler, pero a él le sabe a ambrosía, decidme, ¿eso le impide ser feliz? Por el contrario, si a uno le da náuseas el salmón, ¿qué aporta esa exquisitez a su dicha? Si hubiera una esposa de fealdad fuera de lo común, pero a cuyo marido le pareciera comparable a Venus, ¿no viene a ser lo mismo que si fuera hermosa? Si uno mira de arriba abajo una tabla mal pringada de minio y amarillo, y se admira porque está persuadido de que la pintó Apeles o Zeuxis, ¿no será más feliz que quien adquirió muy

caro un original de estos, pero obtiene mucho menos placer en su contemplación? Conozco a uno de mi nombre que regaló joyas falsas a su prometida y la persuadió, porque era un bromista elocuente, de que no solo eran auténticas y originales, sino también raras y de un valor incalculable. ¿Qué más le daba a la muchacha si se recreaba mirando los vidrios y los guardaba como si fueran un tesoro eximio? El marido, por su parte, ahorra el gasto y disfrutaba del engaño de la esposa, no menos agradecida que si le hubiera regalado algún presente grandioso. ¿Creéis que había gran diferencia entre los que admiraban las sombras y simulacros de las diversas cosas en aquella caverna platónica, de modo que nada echaban en falta, ni dejaban de estar satisfechos, y aquel sabio que habiendo salido de la caverna contemplaba la realidad? Si el zapatero Micilio que narra Luciano hubiera podido seguir soñando siempre su riqueza y oro, no habría tenido que desear nada más para alcanzar la felicidad.

No hay diferencia, o si la hay, es a favor de la condición de los estúpidos. Primero, porque su felicidad les cuesta muy poco, o sea, apenas un poco de autoconvencimiento. Y luego, porque la disfrutaban en común con la mayoría.

XLVI

Ningún bien se posee con auténtico disfrute si no se hace en compañía, y nadie ignora la gran escasez de sabios, en el supuesto de que exista alguno. En Grecia, al cabo de tantos siglos, se llegan a enumerar siete sabios en total, pero, con un criterio un poco más estricto, que me muera si se encuentra medio, o incluso un tercio de sabio.

De ahí que, entre las muchas alabanzas a Baco, la primera sea por aliviar las penas del alma, aunque solo por poco tiempo, porque en cuanto se duerme la borrachera, vuelven al galope las preocupaciones. ¿No es mucho más completo y duradero mi beneficio, cuando sumerjo a la mente en una perpetua embriaguez y la mantengo plena de alegrías, delicias y augurios favorables, y todo ello sin coste alguno? No hay ningún mortal desprovisto de mis favores, mientras el resto de dioses dispensan sus dones solo entre alguno que otro escogido. El vino generoso y benigno que alivia las penas y acompaña a la esperanza no nace en todas partes. Pocos consiguen la belleza formal, favor de Venus, y aún menos la elocuencia, regalo de Mercurio. Tampoco abundan los favorecidos con la riqueza, gracia de Hércules. El Júpiter homérico no le concede el imperio a cualquiera.

Muchas veces, Marte no favorece a ninguno de los contendientes. Muchos se retiran deprimidos del trípode de Apolo. Saturno fulmina constantemente y Febo envía la peste con frecuencia. Neptuno mata a más de los que salva. Pasaré por alto a los Véjoves, Plutones, Ates, Penas, Fiebres y otros de ese género que, más que dioses, parecen verdugos. Yo soy la única, la famosa Estupidez, la que amparo sin distinción a todos con mi siempre dispuesta clemencia.

XLVII

No espero promesas, ni me enfurezco exigiendo víctimas si se pasa por alto alguna ceremonia. No revuelvo cielos y tierras si alguno me deja en casa para invitar a los demás dioses y dejarme sin el aroma de las ofrendas. Mis congéneres son tan suspicaces que es mejor no dirigirse a ellos para no encolerizarlos; vienen a ser como esos hombres de los que se dice que son tan descontentadizos e irritables que es mejor, antes que ser su amigo, tenerlos lo más lejos posible. Se dirá que nadie hace sacrificios en honor de la Estupidez ni le construye templos. Yo misma me admiro un poco, como ya dije, de tamaña ingratitud. Pero, como soy indulgente, no me disgusto, porque no puedo desear semejantes honores. ¿Qué hago yo con el incienso y la harina, o con el chivo o el cerdo, cuando todos los mortales y gentes de todas partes me dedican un culto que hasta los teólogos consideran supremo? ¿Envidiaré a Diana porque le dedican sangre humana?

Yo me tengo por muy religiosamente venerada cuando todos en el orbe me llevan en el corazón, me expresan en su conducta y me representan en su vida. Un culto santificador que ni siquiera los cristianos dedican a sus santos. Cuantísimos de ellos ponen velas a la Virgen en pleno día, cuando no hacen ninguna falta. Pero qué pocos llevan una vida casta y modesta cuando dicen que tratan de emular al cielo, porque esa sería la forma de honrar más grata a los celestiales. Y luego, ¿para qué voy a desear templo alguno, si todo el orbe es mi templo y, por cierto, bellissimo? Y tampoco me faltan sacerdotes, salvo que falten hombres. Y no soy tan tonta como para desear imágenes pétreas o llenas de colorines, cosa que perjudicaría a nuestro culto, porque los estúpidos y cortos adoran imágenes en lugar de los propios santos. Nos pasaría como a esos que son desbancados por sus sustitutos. Considero que tengo tantas estatuas dedicadas como mortales llevan mi viva imagen a la vista, aunque no quieran. Así que

no tengo por qué envidiar a los demás dioses, que solo son venerados en tal o cual rincón de la tierra y en días señalados: Febo en Rodas, Venus en Chipre, Juno en Argos, Minerva en Atenas, Júpiter en el Olimpo, Neptuno en Tarento, Príapo en Lampsaco, mientras a mí todo el orbe terrestre me dedica ofrendas mucho más valiosas a diario.

XLVIII

Si alguien encuentra que todo esto que digo es más presunción que verdad, no tiene más que echar un vistazo a las vidas de los hombres y comprobará cuánto me deben y cuántísimos son los que me aprecian, igual los más grandes que los más pequeños. No hará falta que repasemos todas las vidas, pues sería interminable, sino solo las más notables, a partir de las cuales se podrán calcular fácilmente las restantes. ¿Para qué insistir en el vulgar populacho que me pertenece en su totalidad y sin discusión? Ahí pululan incontables formas de estupidez cada día renovadas, de modo que mil Demócritos no bastarían para reírse de ellas, y aún haría falta otro más para reírse de los mil. Son increíbles los dichos, carcajadas y diversiones con que los hombrecillos regocijan a diario a los dioses de arriba. Estos dedican las horas sobrias de la mañana a las consultas de reclamaciones y escucha de oraciones; las demás, una vez que están achispados con el néctar y no tienen ganas de nada serio, se ponen en la parte más elevada del cielo y pasan el rato viendo qué hacen los hombres. No hay para ellos espectáculo más divertido. ¡Oh, dioses inmortales, qué teatro y qué variado tumulto el de los estúpidos! Yo misma suelo sentarme alguna vez en las filas de los dioses de los poetas. Ese muere por una mujerzuela y cuanto más rechazado es, con mayor delirio la venera. El otro se casa con una dote, no con una esposa. Aquel prostituye a su mujer. Otro celoso que vigila como Argos. Ese de luto, qué tonterías no hace y dice, y encima contrata actores para representar la farsa del duelo. Uno que llora en la tumba de su madrastra. Otro que reúne toda la comida que puede y se la traga a la fuerza, para luego morir de hambre. Aquel cifra toda la felicidad en dormir y no hacer nada. No faltan los entrometidos en negocios ajenos que descuidan los suyos. Uno que lo gasta todo y se cree pudiente con la riqueza ajena, pero se codea con la ruina. Otro cuya máxima felicidad es vivir pobre para enriquecer a su heredero. Ese se juega la vida, que ninguna fortuna puede recuperar, persiguiendo una ganancia exigua e insegura por todos los

mares y vientos. Aquel prefiere buscar la riqueza en la guerra que permanecer en casa tranquilo. Algunos creen que nada hay más cómodo para hacerse rico que pescar viejos sin hijos, y no faltan los que prefieren echar miradas tiernas a viejas acomodadas. Aún más divertidos para los dioses espectadores suelen ser los que resultan engañados por aquellos mismos que pensaban desplumar.

Los más estúpidos y viles de todos suelen ser los comerciantes, que manejan lo más sórdido con los medios más sucios y mienten a todas horas, perjuran, roban, defraudan y abusan. No obstante, ellos se tienen por los más selectos, porque llevan los dedos fajados en anillos de oro. No les faltan frailucos aduladores que los ensalzan públicamente como «honorables» porque esperan alguna partecilla de sus innobles adquisiciones.

También menudean algunos que dirías de la secta pitagórica, porque son tan partidarios de la comunidad de bienes que todo lo que pillan sin vigilancia se lo llevan con la misma serenidad que si fuera una herencia. Los hay tan devotos de la opulencia que, con los sueños gozosos que imaginan, ya se sienten saciados de felicidad. Algunos disfrutan siendo ricos de puertas afuera, mientras en casa se mueren de hambre. Este se apresura en gastar y aquel en amontonar, y les da igual si es por las buenas o por las malas. Este ambiciona los honores públicos de candidato, aquel disfruta pegado a su fogón. Una gran parte de los litigios se mantienen para que nunca acaben, porque rivalizan a porfía, de un lado y otro, dos que se enriquecen: un juez dilatorio y un abogado colusorio. Hay quien se interesa en las novedades y quien maquina grandezas. Y no falta el que acude a Jerusalén, Roma o Santiago, donde nada se le ha perdido, dejando en casa esposa e hijos. En resumen, si vierais desde la luna los innumerables líos de los mortales, como hacía aquel Menipo, pensaríais estar viendo un enjambre de moscas o mosquitos que riñen, hacen la guerra, trampean, roban, juegan, se revuelcan, nacen, enferman y mueren. No podríais creer las convulsiones y tragedias que suscita ese puñado de criaturillas efímeras. Una nadería de guerra o de peste arrebatada y destruye en un suspiro a miles de ellas.

XLIX

Pero yo misma sería muy tonta, y sin duda digna de que Demócrito se partiera de risa a mi costa, si pretendiera enumerar las formas de las estupideces y locuras de la gente. Me

ceñiré a los que ostentan el sambenito de sabios y que persiguen el que llaman ramo dorado. Y entre ellos tienen la primacía los gramáticos, que sería el género más calamitoso, desgraciado y dejado de los dioses, si yo no mitigase las desdichas de su profesión misérrima con una especie de dulce locura. No solo caen sobre ellos las cinco plagas del epigrama griego, sino seiscientas más, siempre famélicos y sucios en sus escuelas, aunque mejor que escuelas tendría que decir cuestionatorios o norias, como torturadores en medio de la tropa de niños, avejentados por la labor, ensordecidos por los gritos, consumidos por el hedor y la inmundicia, deben ellos a mi favor el que se tengan por los primeros de los mortales. Cómo se pavonean cuando aterran a la turba asustadiza con su cara amenazadora y su voz, y cuando reducen a los miserables a golpe de palmeta, verga y correa, y los dominan a su capricho, como el asno de Cumas. Entonces encuentran lujosa la inmundicia, el hedor les huele a orégano y su esclavitud misérrima les parece un reino que no querrían cambiar por las tiranías de Falaris o Dionisio.

Pero aún son mucho más felices cuando se persuaden de la novedad de su doctrina. Aunque no hagan más que inculcar a los niños meras vacuidades, ay, dioses, ¿quién se atreverá a no ponerlos por encima de Palemón y Donato? Y no sé con qué trucos consiguen asombrosamente que las madres tontunas y los padres idiotas los tomen por eso mismo que ellos se tienen. Y no olvidemos ese género de placer que reciben cuando sacan de algún pergamino podrido el nombre de la madre de Anquises, o algún vocablo que desconoce el vulgo, como «boyero», «tergiversador», o «faltriquero», o si descifran alguna letra mutilada en algún vetusto fragmento pétreo; por Júpiter, qué exaltación, qué triunfos, qué aparatos, como si hubieran conquistado África o tomado Babilonia. Y qué decir cuando se descuelgan por todas partes con sus versículos fríos e insulsos a más no poder, sin que nunca falte quien los admire, y entonces creen que el alma de Virgilio ha transmigrado a su pecho.

Ahora bien, lo mejor de todo es cuando se alaban y admiran entre ellos sus mutuos talentos y se rascan los unos a los otros. Y si alguna palabreja se le desliza por error a uno y por ventura el otro más agudo la descubre, ¡por Hércules!, qué tragedias, qué esgrimas, qué insultos, qué denuestos no se oyen. Que todos los gramáticos me maldigan si miento.

Conozco a uno que lo sabe todo, una eminencia en griego, latín, matemáticas, filosofía, medicina, el amo de todas las especialidades, ya sesentón, que lo ha dejado todo y hace veinte años que se atormenta y martiriza con la gramática. Dice que se

consideraría feliz si llegase a vivir lo bastante para distinguir las ocho partes de la oración, cosa que hasta ahora ninguno de los griegos ni romanos han conseguido con éxito. Es más que suficiente para desencadenar la guerra que alguno confunda una conjunción con un adverbio. Lo bueno es que hay tantas gramáticas como gramáticos, si no son más, porque solo mi Aldo Manuzio ha publicado cinco, pero él no pasa por alto ninguna por más bárbara y torpemente redactada que esté, y las hojea y registra todas, envidioso hasta del más inepto que merodee por la especialidad, y siempre temiendo que tan enorme gloria se malpierda y se desperdicien tantos años de trabajo.

¿Cómo preferís que llame a esto, locura o estupidez? A mí tanto me da, siempre que se reconozca que, gracias a mi favor, la criatura más desgraciada que existe se eleva a tal colmo de felicidad que no querría cambiar su suerte por la de los reyes de Persia.

L

Los poetas me deben menos, aunque es notorio que pertenecen a mi banda. Según es proverbial, se trata de una tribu independiente cuyo único afán no es otro que acariciar los oídos de los tontos con puras sandeces y cuentos ridículos. Sin embargo, es de admirar la opinión que tienen de sí mismos, porque no solo se prometen la inmortalidad y una vida divina, sino que también se lo pronostican a otros. En esta secta, más que en ninguna otra, Vanagloria y Adulación están como en su casa, y de entre los mortales nadie me adora con más sinceridad y constancia.

Vienen luego los retóricos, que, aunque algunos de ellos prevarican y andan en tratos fraudulentos con los filósofos, no dejan de ser de nuestra facción, entre otras muchas razones por haber escrito con tanto cuidado y tan largamente, aparte de otras bobadas, sobre cómo ser chistoso. La cosa llega al extremo de que quienquiera que fuese el autor del arte de perorar dedicado a Herenio menciona a la propia estupidez entre las clases de ocurrencias chistosas. Y en Quintiliano, principal líder de su secta, el capítulo dedicado a la risa es más largo que la *Iliada*. Tal importancia atribuyen a la estupidez que muchas veces aquello que ningún argumento puede vencer, lo soluciona la risa. Y nadie dejará de sostener que provocar aseveraciones risibles no es competencia de la estupidez.

De la misma pasta son los que aspiran a la fama inmortal mediante la publicación de libros. Y los que más me deben son los que emborronan el papel con meras tontadas,

porque los eruditos que escriben para el juicio de unos pocos entendidos y hasta tienen en cuenta el criterio de un Persio o un Lelio me parecen más que felices, dignos de compasión, porque se atormentan sin parar, añaden, cambian, suprimen, vuelven a empezar, reescriben, repasan, insisten y luego lo retienen nueve años para no estar nunca satisfechos, y después qué nadería es la alabanza de unos poquísimos adquirida con tantas vigiliias y renunciias al sueño, la más dulce de las cosas, y con tantos esfuerzos y penurias. Y encima echan a perder su salud y arruinan su aspecto, a lo que es preciso añadir la pérdida de visión, incluso la ceguera, la pobreza, la envidia, la abstinencia de todo placer, la vejez prematura, la muerte adelantada y otras lindezas semejantes. Y con tantos males se da por pagado el sabio si obtiene la aprobación de algún otro cegato como él.

Cuánto más feliz, en cambio, se lo pasa mi escritor en su desatino. Este no se priva de poner por escrito ninguna ocurrencia, sueño ni visión, sin otro gasto que un poco de papel, sabiendo que en el futuro cuanto más vacuas sean sus bobadas más seguidores tendrá, a saber, todos los estúpidos e ignorantes. ¿Qué le importan los dos o tres entendidos que lo despreciarán, suponiendo que lo lean? ¿Qué valor tendrán los reparos de tan pocos sabios comparados con la inmensa tropa de aplaudidores?

Pero aún saben más los que publican lo ajeno como propio, estos se apropian cuanto pueden del trabajo y la gloria de otro robando sus palabras, y aunque piensen que en el futuro se descubra el plagio, de momento se lucran con el beneficio inmediato. Hay que verlos huecos de satisfacción cuando la gente vulgar los alaba y señala con el dedo «por ahí va el famoso», y se ven en los escaparates, y leen en la cabecera de cada página sus tres nombres que parecen tan singulares y cosa de magia. Pero, por los dioses inmortales, ¿qué son más que nombres? Y qué pocos los conocen si repara uno en la vastedad del mundo, y aún menos los alaban, porque incluso entre los ignorantes hay diversidad de paladares. ¿Y qué decir cuando muchas veces se trata de nombres inventados o traídos de libros viejos? Ahí va ese que se gloria de llamarse Telémaco, Esteleno o Laertes, aquel, en cambio, Polícrates, y ese Trasímaco; son libros tales que da lo mismo que ponga camaleón o calabaza, o al estilo de los filósofos, alfa o beta.

No obstante, es de partirse de risa cuando se alaban mutuamente, a cuál más estúpido y mentecato, en cartas y versos. Uno que ha superado a Alceo, pues aquel a Calímaco; otro que ha dejado atrás a Cicerón y nunca falta el que es más sabio que Platón. A veces buscan un rival para aumentar la fama en la controversia, de modo que la plebe se debate

en la incertidumbre de las opiniones, hasta que uno y otro paladín abandonan el campo palabrero con aire triunfal. Los sabios, desde luego, se ríen de la gran patochada, ¿quién lo niega? Pero entretanto a los míos les hago la vida más agradable con mi favor, y no querrían cambiar sus triunfos por los de los Escipiones. Y hasta los sabios que se ríen y disfrutan de la locura ajena me deben bastante, y no lo negarán salvo que caigan en grandísima ingratitud.

LI

Entre los estudiosos, los jurisconsultos reclaman para sí el primer lugar y, en efecto, no hay nadie tan satisfecho de conocerse y que con tanta asiduidad maneje la piedra de Sísifo, dado que su intelecto recopila seiscientas leyes vengan o no a cuento, junto con sus correspondientes comentarios y votos particulares, lo que suman al estudio de todas ellas y hacen que todo parezca difícilísimo, porque lo trabajoso se tiene por superior y excelente. Añadamos a ellos los dialécticos y los sofistas, género más locuaz que los bronce de Dodona, uno de ellos podría competir en charlatanería con veinte cotillas, y aún serían más felices si no fueran tan reñidores como lenguaraces, con alta capacidad para discutir tenazmente sobre la lana de las cabras, hasta el punto que la verdad siempre se ausenta de sus altercados. Estos también son dichosos gracias a su vanagloria, y armados de tres silogismos se atreven con todo. Su propia pertinacia los hace invencibles aunque sea contra el más estentóreo vocero.

LII

Tras ellos vienen los filósofos respetables por sus barbas y manteos, que sermonean ser los únicos que saben y tienen a los demás mortales por sombras volátiles. Estos sí que desvarían a gusto, y edifican mundos y miden el sol, la luna, las estrellas y los orbes con el dedo gordo y un hilo, y explican los rayos, vientos y eclipses y todo el resto de cosas inexplicables sin dudar jamás, como si fueran los arquitectos secretos de la naturaleza y acabaran de legarnos el consejo de los dioses, mientras la naturaleza se ríe a placer de sus conjeturas. La mejor prueba de que no tienen ni idea es que cualquiera de esas cosas

inexplicables suscita gran debate entre ellos. Pero aunque no sepan nada, no se privan de proclamarse sabedores de todo, y siguen sin conocerse ni ver la fosa ni la piedra en su camino, porque son bastante cegatos y siempre están en otra parte, pero no cejan en su presunción sobre las ideas, los universales, las formas separadas, las materias primeras, la esencia, la cosa en sí, y otras sutilezas que, para mí, ni Linceo podría discernir. Su desprecio al profano se basa en la traza de unos triángulos, cuadrados, círculos y parecidas figuras matemáticas que ponen unas encima de otras hasta construir una especie de laberinto lioso, a lo que añaden unas letras en formación, y si es caso, lo revuelven hasta que las tinieblas confunden al no entendido. En este género no faltan los predictores del futuro y consultores de los astros que prometen más milagros que la misma magia, y afortunados ellos que encuentran crédulos para eso.

LIII

Sería más prudente callar sobre los teólogos y no entrar en ese barro ni tocar esa hierba que apesta, no sea que esa clase de gente tan arrogante e irritable actúe en justicia con seiscientas conclusiones y me fuercen a retractarme, porque si me niego me declararán herética, que así fulminan a quien no les parece lo bastante propicio. Y es que no hay otros que estén menos dispuestos a reconocer mi favor, aunque me lo deben por notables motivos, tan felices con su vanagloria que casi tocan el tercer cielo y miran de arriba abajo al resto de los mortales cual reptiles terrestres que casi les dan pena. Están blindados con tal masa de definiciones magistrales, conclusiones, corolarios, proposiciones implícitas y explícitas plagadas de subterfugios que ni Vulcano los enredaría en sus trampas, porque se escurrirían con sus distingos o cortarían los nudos con sus vocablos rebuscados y términos prodigiosos.

Además, explican a su aire los misterios más recónditos, como la razón que creó y organizó el mundo, por qué conductos se derivó a la posteridad la caída en aquel famoso pecado, de qué modo, en qué medida y en cuánto tiempo se completó Cristo en el útero virginal, o cómo subsisten sin sede los accidentes en la eucaristía. Pero esas son cosas archisabidas. Las hay magníficas y dignas de los teólogos iluminados, como dicen ellos, y cuando surgen estas, entonces sí que exultan: ¿existe el instante en la generación divina? ¿Hay varias filiaciones en Cristo? ¿Cabe la proposición «Dios padre odia al

hijo»? ¿Podría Dios someterse a la forma de mujer, de diablo, de asno, de calabaza o de piedra? Caso de escoger forma de calabaza, ¿cómo predicaría, haría milagros y se clavaría en la cruz? ¿Qué consagraría Pedro si consagrara en el instante en que el cuerpo de Cristo colgaba de la cruz? En el susodicho instante, ¿podría Cristo ser llamado hombre? Y también si se podrá comer y beber después de la resurrección, para irse aprovisionando para el hambre y la sed.

Hay innumerables sutilezas conceptuales de esa calidad, pero también las hay aún más refinadas sobre las nociones, las relaciones, las formalidades, los distingos y las particularidades que escapan a simple vista y que ni siquiera Linceo, el que veía a través de las más profundas tinieblas, podría penetrar. Añadamos las famosas sentencias paradójicas, a cuyo lado las paradojas estoicas son circunloquios bastos a más no poder. Por ejemplo, dicen que es un crimen más leve degollar a mil hombres que coser en domingo los zapatos de un pobre, y que es preferible que perezca el universo con toda la despensa y vestimenta, como dice la gente, que proferir una sola mentirijilla por leve que sea.

Y esas sutilísimas sutilezas las utilizan aún más los métodos de los escolásticos, de modo que antes saldrías de un laberinto que de los barullos de los realistas, nominalistas, tomistas, albertistas, occamistas, escotistas y aún me dejo un montón de sectas aunque creo que dije las principales. Y en todas ellas es tal la erudición y las dificultades que los apóstoles tendrían que volver a ser poseídos por el espíritu si quisieran discutir esas cosas con los teólogos modernos. Pablo pudo demostrar la fe cuando afirmó que es la sustancia de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve, pero la definió muy poco magistralmente; y lo mismo de la caridad, que dividió y delimitó con poca dialéctica en la epístola a los corintios. Los apóstoles serían devotos en la consagración, pero habría que verlos si les preguntasen por el término «ad quo» y el término «ad quem», o por la transustanciación, que es el modo en que el mismo cuerpo está a la vez en dos sitios, o por la diferencia del cuerpo de Cristo en el cielo, en la cruz y en el sacramento, o por el punto exacto transustancial o si la oración es una magnitud discreta o sucesiva, y para mí que no hubieran llegado ni al tobillo de cualquier escotista. Conocieron a la madre de Jesús, bien, pero ¿quién de ellos sería capaz de demostrar tan filosóficamente como nuestros teólogos el modo en que fue preservada de la mácula de Adán? Pedro recibió las llaves de quien no se las habría confiado a quien no fuera digno, pero yo no sé si entendería ni alcanzaría la sutileza de que pueda tener las llaves de la ciencia quien no

tiene ciencia. Bautizaban en todas partes, pero jamás enseñaron qué es causa formal, material, eficiente ni final, y no mencionaron si el bautismo es deletable o indeleble. Adoraban, pero en espíritu, siguiendo lo del evangelio «Dios es espíritu, y los que le adoran han de hacerlo en espíritu y verdad». Tampoco parece que les fuera revelado que había que adorar una figurilla marcada con carbón en la pared como si fuera Cristo en persona, con dos dedos extendidos, una melena larga y un redondel con tres rayas alrededor del cogote. ¿Quién va a entender estas cosas si no se ha pasado treinta y seis años batiendo el cobre físico y metafísico con los Aristóteles y Escotos? También predicaron la gracia, pero no distinguieron entre la gratuita y la gratificante, y exhortaron a las buenas obras, pero tampoco distinguieron entre operante y operada, igual que la caridad, que no clasificaron en infusa y adquirida, ni si es accidente o sustancia, creada o increada. Y cuando execraron el pecado, que me muera si pudieron definir qué es lo que llamamos pecado, salvo que fueran por casualidad auxiliados por el espíritu de los escotistas.

Difícilmente me harán creer que Pablo, de cuya erudición podemos deducir la del resto, se hubiera atrevido a condenar todas estas cuestiones, debates, genealogía y logomaquias, como él las llama, de haber estado al tanto de tales argucias, porque las discusiones de su tiempo eran broncas rústicas y de baja estofa si las comparamos con las sutilidades de nuestros maestros a cuyo lado Crisipo es un patán.

Por lo demás, son gente muy modesta; si hay algún pasaje de los apóstoles descuidado o poco magistral, no lo condenan, sino que lo interpretan teniendo en cuenta su antigüedad y que sería inusual esperar de ellos alguna aclaración de lo que no dijo su maestro. Ahora bien, si se trata de Crisóstomo, Basilio o Jerónimo, no vacilan en escribir al margen «no se admite». Ellos impugnaron a gentiles y judíos pese a su carácter tenacísimo, pero lo hicieron más con su vida y milagros que con silogismos, porque ninguno de ellos sería capaz de entender una sola cuestión escotista. Pero de aquellos gentiles, cuál no se rendiría ante tan finísimas sutilezas, salvo que fuera tan rudo que no las entendiera, o tan descarado que las silbase, o tan avezado en triquiñuelas que se atreviese a singular combate de mago contra mago, espada mágica contra idéntico artefacto, pero sería como el hacer y deshacer del telar de Penélope. A mi juicio, los cristianos tendrían que enviar unas pocas cohortes de escotistas clamorosos, occamistas pertinacísimos y albertistas invictos, junto a una manada de sofistas, adonde los turcos y sarracenos, porque presenciarían, creo yo, el más gracioso combate y una victoria nunca

vista. ¿Quién iba ser tan frío que ellos no hicieran arder su intelecto? ¿Quién tan estúpido que no se animase con sus agudezas? ¿Quién tendría tan buena vista que no se confundiera en sus tinieblas?

Temo que os toméis todo esto a broma. No me choca, porque hay entre los teólogos gente mejor formada en letras a quienes dan náuseas todas esas frívolas argucias teologales. Algunos tienen por sacrilegio e impiedad hablar y disputar tan impropriamente de asuntos que son más para adorar que para explicar, y debatir argucias profanas y emporcar la teología con palabrería tan fría y sucia. Pero ellos se complacen y aplauden sus vaciedades que les entretienen día y noche, sin tiempo para leer el Evangelio o las epístolas paulinas. Y mientras evacúan bobadas en las escuelas, creen ser las columnas de la Iglesia universal que se derrumbaría sin sus silogismos, igual que Atlas sostiene el cielo, según los poetas.

Podéis imaginar qué placer obtienen en manipular a su gusto las letras misteriosas que para ellos son blandas como la cera, y cuando pretenden que sus conclusiones suscritas por algún otro escolástico se tengan por más valiosas que las leyes de Solón y más autorizadas que los decretos pontificales, y obligan a retractarse a quien no se conforme con sus conclusiones, como si fueran los censores del orbe cuando hablan como oráculos: «Esa proposición es escandalosa, aquella poco reverente, esa huele a herejía, esta no suena bien», y ya no basta el bautismo ni el Evangelio, ni Pablo o Pedro, ni san Jerónimo o san Agustín, ni siquiera el propio Tomás, el muy aristotélico, para formar un cristiano, si le falta el visto bueno de estos bachilleres, tal es la sutileza de su juicio.

¿Quién iba a pensar que dejaba de ser cristiano el que dijera que «orinal, apesta» y «el orinal apesta», o bien «el hervir de la olla» y «la olla hierve» vienen a ser lo mismo, como si esos sabios no lo hubieran enseñado? ¿Quién libraría a la Iglesia de la tiniebla de tantos errores que nadie habría podido leer, de no haberlos mostrado estos intelectos supremos? Y al hacerlo, ¿no alcanzan el colmo de la felicidad? Además, ¿no pintan el infierno con tal detalle que sin duda pasaron en esa república un montón de años? Por otra parte, fabrican a su aire nuevos orbes, y en particular uno amplísimo y hermoso sobremanera, para que nadie piense que las almas felices carecerán de espacio para pasear, darse banquetes y jugar a la pelota. Y es que tienen las cabezas tan cargadas y rebosantes de tonterías a millares, que para mí ni siquiera Júpiter tuvo el cerebro tan embarazado cuando le pedía por favor el hacha a Vulcano, que tenía que parir a Palas. Así que no os admiréis, si veis sus cabezas tan cuidadosamente cubiertas en los debates

públicos, porque de otro modo les reventaría la sesera.

Yo misma me río a veces viendo a quienes se tienen por grandes teólogos cuando consiguen hablar de la manera tan bárbara y horrorosa que solo otro tartamudo de la secta puede entender, y tienen por «agudo» a todo el que no es comprendido por la gente corriente. Sostienen que las letras sagradas no han de someterse a la gramática. Sería una gran majestad la de los teólogos si solo a ellos se les concediera hablar mal, pero es algo que tienen en común con muchos ganapanes.

Por último, se tienen por cercanos a los dioses cuando se les dice «maestro nuestro», porque en esa alocución les parece que hay alguna esencia misteriosa como en el Jehová de los judíos, y tienen por delito que no se escriba con mayúsculas, y si se les dice «nuestro maestro» les parece que se ha echado a perder toda la majestad del nombre teologal.

LIV

A la felicidad de los teólogos se aproximan los que la gente llama religiosos y monjes, nombres a cual más falso, porque la mayor parte de ellos viven alejados de la religión y no apartados del mundo, sino que se les ve por todas partes. No se me ocurre nadie más desgraciado, si yo no los socorriera de mil maneras. Es una clase de gente tan detestada que se tiene por mal augurio encontrárselos, y sin embargo ellos tienen excelente opinión de sí mismos. De entrada, tienen por gran piedad ser iletrados y no saben ni leer, así que cuando vocean los salmos que no entienden parecen rebuznos que atruenan los templos, mientras ellos creen acariciar los oídos de los santos. Muchos de ellos presumen de sucios cuando mendigan y piden el pan a grandes voces de puerta en puerta, sin dejar de asaltar todo tipo de vehículos y naves causando no poco perjuicio a los demás mendigos. Siendo a su entender serviciales, nos quieren enseñar la vida de los apóstoles con su inmundicia, ignorancia, rusticidad y desvergüenza.

Lo más divertido es que todo lo hacen por prescripción, como si fueran leyes matemáticas cuya desobediencia conllevara un castigo: cuántos nudos tiene el calzado, qué color el cíngulo, tipo de corte del hábito, tejido y altura de la cinturilla, clase y dimensión de la capucha, dedos de largo de los cabellos y horas de sueño. Con las diferencias corporales y la variedad de mentes, ¿quién no comprende las desigualdades

que se originan? Sin embargo, se aferran a esas bobadas y tienen a las demás órdenes por despreciables y compiten entre ellas, y aunque dicen profesar la caridad apostólica, si perciben a un colega con la tintada distinta o la cinta indebida arman tragedias universales.

Algunos son tan estrictamente religiosos que llevan saco por fuera y seda por dentro; otros, en cambio, lino por fuera y lana por dentro. Los hay que se horrorizan por tocar el dinero, pero no el vino ni las mujeres. Su gran afán es hacer todas las cosas de modo que choque con la costumbre ordinaria. No cuidan de parecerse a Cristo, sino de distinguirse entre ellos. Su gran dicha radica en los sobrenombres, estos se glorian de llamarse «capuchinos», y entre ellos distinguen a «recoletos», «menores», «mínimos» y «bulistas»; aquellos son «benedictinos», y los otros, «bernardinios»; los hay «brigidenses», «agustinos», «guillermitas» y «jacobitas», como si les pareciera escaso decirse «cristianos».

Casi todos ellos dan tal importancia a sus ceremonias y humanos reglamentillos que piensan que un cielo es premio escaso para tanto mérito, sin pensar que Cristo despreciará todo eso y solo tendrá en cuenta su mandamiento de la caridad. Uno ostentará su barriga llena de toda clase de pescado, otro cien fanegas de salmos, otro contará miles de ayunos y achacará a su estómago delicado no haber comido más que una vez al día, otro alegrará tal carga de ceremonias que no bastarán siete naves para transportarlas, otro se gloriará de no haber tocado el dinero en sesenta años salvo con mano doblemente enguantada, otro enseñará su capucha tan sucia y llena de grasa que ni un marinero querría rozarla, otro recordará sus once lustros de vida quieto en el mismo sitio como una esponja, otro presumirá de ronquera de tanto cantar, otro su letargo de tanto estar en soledad y otro su lengua entorpecida de tanto guardar silencio. Cristo interrumpirá su interminable ristra de glorias y dirá: «¿De dónde sale este nuevo linaje de judíos? Yo solo reconozco mi ley, la única de la que no oigo nada. Claramente y sin parábolas prometí el reino de mi padre no a las capuchas, los rezos y los ayunos, sino a las obras de caridad. No reconozco a quienes solo reconocen sus actos y quieren parecer más santos que yo. Que se vayan al cielo de Basíledes, el contador de días, o que disfruten de su reconstruido cielo esos que anteponen sus reglamentillos a mis mandamientos». Y entonces ellos, cuando oigan semejantes palabras y se vean precedidos por marineros y arrieros, ¿con qué cara os parece que se mirarán?

Pero entretanto son felices con su esperanza y mientras no les falta mi favor. Aunque

viven apartados de la política nadie se atreve a despreciarlos, sobre todo a los mendicantes, porque conocen los secretos de todo el mundo a partir de lo que llaman confesiones. Aunque tienen prohibido revelarlas, cuando beben y quieren contar anécdotas amenas las sugieren mediante conjeturas, mientras callan los nombres. Si alguien irrita a estos zánganos, se vengan luego en los sermones ante la gente, y señalan a su enemigo indirectamente, pero de manera tan tapada que nadie lo entiende, salvo el interesado. Y no sueltan la presa hasta que les echéis un hueso a la boca.

No hay comediante ni charlatán de feria que prefiráis ver una vez que estos se ponen a emular a los oradores con sus aspavientos y razones. Dioses inmortales, cómo gesticulan y remedan las voces cuando canturrean y se pavonean mirándose mutuamente, haciéndose un lío con sus propios gritos. En ese arte de predicar se inician unos a otros, y aunque yo misma no les entiendo, trataré de seguirles por conjeturas.

Primero hacen una invocación, cosa que han copiado de los poetas. Luego, si van a hablar de la caridad, se remontan al río Nilo; o si la cosa va del misterio de la cruz, les parece un feliz auspicio el dragón Bel de Babilonia; para comentar el ayuno, empiezan con los doce signos del zodiaco; cuando el tema es la fe, principian con la cuadratura del círculo.

Yo misma oí a un destacado estúpido, perdón, quería decir docto, que ante un escogidísimo auditorio se puso a explicar el misterio de la trinidad, y como quería demostrar que su doctrina no era vulgar y a la vez satisfacer los oídos de los teólogos, se metió en una ruta inédita, nada menos que las concordancias de letras, sílabas y oraciones, y luego las de los verbos y sustantivos, y aún siguió con los adjetivos y los tenía a todos admirados hasta el punto de que musitaban entre sí aquello de Horacio: «¿A dónde va toda esta mamarrachada?». Al cabo, dedujo que en los rudimentos gramaticales se halla la imagen completa de la trinidad de un modo que ningún matemático podría haber pintarrajeado con más claridad en el polvo. Este architeólogo sudó la gota gorda durante ocho meses preparando su sermón, y hoy está más ciego que un topo, sin duda porque toda la penetración visual se le subió a la cima del entendimiento. Pero lo cierto es que ese hombre no lamenta su ceguera, porque le parece que ha comprado barata la gloria.

Otra vez, oímos a un octogenario tan teólogo que os parecería un Escoto vuelto a nacer. Explicando el misterio del nombre de Jesús, demostró con gran sutileza que en sus letras se oculta todo cuanto se puede decir de él. Primero dijo que se declina en tres

casos, lo cual es evidente imagen de la trinidad. El primero termina en «s», el segundo en «m» y el tercero en «u», y ahí estaba el misterio, porque en las tres letras se revelaba el sumo, el medio y lo último. Solo faltaba el meollo misterioso que dedujo por fórmula matemática. Dividió a Jesús en dos partes iguales y, como todo el mundo sabe, en medio cae la cesura pentemímera, entonces hizo saber que así viene a ser la letra «syn» de los hebreos, que en escocés significa pecado, lo que claramente indica que Jesús fue quien despojó del pecado al mundo. Con tal exordio dejó a todo el mundo pasmado y con la boca abierta, sobre todo a los teólogos, que por poco se quedan de piedra como Níobe, y yo estuve en un tris de partirme de risa como el Príapo de madera de higuera cuando vio las espectrales zarabandas de las brujas Canidia y Segana. Y no fue para menos, porque ¿acaso se oyó jamás que Demóstenes, el célebre griego, o Cicerón, lo mismo pero en latín, concibieran semejante exordio? Estos tenían por defectuosa toda introducción que fuera ajena al asunto, y así lo hacen hasta los porqueros que no tuvieron más maestra que la naturaleza. Pero estos doctos creen que su preámbulo, así lo llaman, alcanza la cima de la perfección retórica cuando ninguna relación guarda con lo que viene luego, y así tienen al auditorio admirado y murmurando entre sí: «¿adónde irá este?».

En tercer lugar de su narración endilgan un trozo del Evangelio que interpretan deprisa y corriendo, cuando ese debería ser su único asunto. En cuarto lugar entrometen un nuevo personaje y agitan una cuestión teologal que no tiene que ver con la tierra ni con el cielo, pero que les parece pertinente según las reglas de su arte. Y ahí es donde fruncen el ceño teológico y atruenan los oídos del auditorio con los nombres magníficos de doctores solemnes, doctores sutiles, doctores sutilísimos, doctores seráficos, doctores santos y doctores irrefragables. Luego inundan al vulgo ignorante con silogismos mayores y menores, conclusiones, corolarios y un mar de suposiciones a cual más frívola y otras farfullas escolásticas.

Solo falta el quinto acto, donde conviene presentarse como artista consumado. Ahí ensartan alguna fábula estúpida y vil, supongo que sacada del espejo de la historia o las gestas romanas, y se enfrascan en su interpretación alegórica, tropológica y anagógica. Con eso rematan su artefacto que ni Horacio podría haber igualado cuando escribió aquello de «si un pintor sustituye la cabeza de un hombre por la de un caballo», etc.

Estos oyeron de no sé quién que conviene perpetrar el inicio en voz baja, y lo hacen que no se oyen ni a sí mismos, con miras a que nadie les entienda. También oyeron que a veces hay que exclamar para excitar los ánimos, así que de repente pegan unas voces

furiosas sin venir a cuento. Dirías que es preciso darles eléboro, a ver si vuelven en sí, pero ellos han aprendido además que conviene que el sermón vaya aumentado su efervescencia, así que algunas partes que comenzaron razonablemente las declaman a gritos aunque el asunto sea vacío y lo terminan en tal estado que les falta el aire.

Por último aprendieron que los oradores han de salpimentar sus engendros con algo que dé risa, y por Afrodita que tienen tanta gracia como rebuznar al compás de la lira. A veces se tienen por mordaces, pero entonces más que ofender, adulan, porque nunca son más rastreros que cuando dicen que van a hablar claro. Toda su perorata fluye de manera que se diría aprendida de los feriantes que, aun con todo, les dan cien vueltas. La verdad es que son tan parecidos que una no sabría decir quién adiestró a quién.

Sin embargo, gracias a mí, también estos encuentran a quien les escuche y crea estar oyendo al mismo Demóstenes o Cicerón. Suelen ser sobre todo mercaderes y mujerucas cuyos oídos buscan complacer en especial. Porque ellos, si se les sabe halagar, suelen soltar alguna partícula de sus viles depredaciones; y ellas tienen inclinación por los frailes, entre otras razones, porque se desahogan con ellos cuando se hartan de sus maridos. Así que ya veis, creo, cuánto me debe ese tipo de gente que con baratijas ceremoniales, tonterías ridículas y vociferaciones, ejercen una especie de tiranía entre los mortales y se tienen por un Pablo de Tarso o un Antonio de Padua.

LV

Con gusto dejo a esos farsantes que son tan ingratos disimuladores de mis favores como tramposos fingidores de piedad. Hace tiempo que estoy deseando decir algo de los reyes y príncipes cortesanos que me veneran con toda sinceridad y nobleza, nunca mejor dicho. Si estos tuvieran media onza de sensatez, ¿habría algo más triste y digno de salir corriendo que su vida? Quien meditase qué ingente carga se echa al hombro el que desea actuar como príncipe, no pensaría que merece la pena alcanzar el poder mediante el perjurio y el parricidio. Quien se encarga del timón de la república tiene que gestionar los asuntos públicos y no los privados, solo tiene que pensar en la conveniencia general, no se puede apartar de las leyes de las que es autor y ejecutor, debe velar por la integridad de magistrados y funcionarios mediante la suya propia, y como está expuesto a la vista de todos ha de ser el astro propicio que trae limpieza de costumbres y la

máxima salud a los asuntos humanos, o el cometa letal que trae consigo la peor ruina. Los defectos de los particulares no son tan evidentes ni acarrear tantas consecuencias, pero el príncipe se encuentra en tal lugar que por poco que se desvíe de la honradez produce una peste que contagia a muchos hombres. La fortuna de los príncipes conlleva muchas cosas que suelen apartarlo de la rectitud, como deleites, dejadez, adulación y lujo que debe controlar y vigilar con cuidado para no ser engañado o decepcionar en su cometido. Por último, dejando a un lado insidias, odios y demás peligros, sobre su cabeza está el verdadero rey, que le pedirá detallada cuenta de sus actos con tanta mayor severidad cuanto mayor es su poder. Si los príncipes meditasen estas cosas, y lo harían si fueran prudentes, creo que no podrían gozar de la comida ni del sueño. Pero, gracias a mi favor, los dioses inmortales los liberan de todas esas preocupaciones, y se ocupan de su propio bienestar y solo admiten a quien les divierte y no les inquieta con cosas desagradables.

Crean cumplir su deber yendo a cazar, criando hermosos caballos, vendiendo en su provecho magistraturas y prefecturas, y buscando nuevos motivos fiscales para vaciar los bolsillos de los ciudadanos y llenar los suyos. Pero lo hacen en base a un derecho que aun siendo injusto sobremanera, conlleva una apariencia de equidad. Añaden a esos actos una porción de adulación con la que se ganan los ánimos populares. Imaginad uno de tantos hombres ignorante de las leyes, casi enemigo del bien público y dedicado a su bien privado, entregado a los placeres, que no piensa en la ciencia, la libertad ni la verdad, y aún menos en la salud del bien público, sino en su capricho y conveniencia. Ponedle el collar de oro que indica el consenso y coherencia de todas las virtudes, y a continuación la corona con piedras preciosas que señala que ha de ser el héroe que gana a todos los demás en virtud, y luego el cetro, símbolo del corazón justo e incorrupto. Por fin, la púrpura indicadora de su insuperable entrega al bien público. Si el príncipe comparase esas insignias con su vida, me parece que se avergonzaría de su ornato y temería que algún observador burlón convirtiese en risa y burla todo ese atuendo teatral.

LVI

¿Qué diré de los cortesanos, cuya mayoría es la cosa más comprada, servil, insulsa y abyecta, y con todo pretenden parecer los primeros en todas las cosas? Pero al menos en

una cosa son el colmo de la modestia: se contentan con llevar encima el oro, las piedras preciosas, la púrpura y el resto de insignias de la virtud y la sabiduría, y dejan a los demás que se cuiden de esas cosas. Ellos se dan por satisfechos con poder llamar «señor» al rey, aprender las tres fórmulas del saludo, usar como es debido el «serenísimo», el «augusto» y el «majestad», y poner cara de sagrada unción o adulación festiva. Esas son las artes que corresponden al auténtico noble cortesano.

Ahora bien, si miráis de cerca su vida, los encontraréis semejantes a los viles feacios pretendientes de Penélope, y ya sabéis el resto del poema que el Eco os recitará mejor que yo. Duermen hasta mediodía y su capellán asalariado les expide una misa sin tener que salir de la cama. Luego, el desayuno y, antes de terminarlo, ya están pidiendo el almuerzo. Vienen a continuación dados, juegos, naipes, chistosos, prostitutas, bufonadas, pasatiempos y majaderías. Entretanto, una merienda, o mejor dos. Luego, la cena y la recena, y no solo una, por Júpiter. Así, sin dar lugar al tedio vital, se deslizan las horas, los días, los meses, los años y los siglos.

Yo misma me empacho de ver esos exhibicionistas de séquitos —son como esas ninfas que se sienten más divinas cuanto más larga cola arrastran— donde hay codazos para estar más cerca del Júpiter de turno. Ahí cada cual se siente más importante cuanto más pesada cadena lleva al cuello, como para pavonear no solo de riqueza, sino también de cuello robusto.

LVII

Hace tiempo que los sumos pontífices, cardenales y obispos imitan con afán el modo de vida de los príncipes, e incluso lo superan. Ahora, si uno de estos reparase en que el lino de su vestido, con su candor níveo, significa una vida intachable, que su mitra bicorne con las puntas anudadas indica un conocimiento absoluto del Viejo y del Nuevo Testamento, que las manos enguantadas simbolizan una administración del sacramento pura y apartada del contagio de todas las cosas humanas, el báculo, un cuidado atentísimo de la grey de creyentes, la cruz en el pectoral, una victoria sobre todas las pasiones humanas, en fin, si meditase esas y otras muchas cosas semejantes, ¿no sería la suya una vida triste y llena de inquietudes? Así que hacen bien en pastorearse a sí mismos, y remitir a Cristo el cuidado del resto de ovejas, o a los «hermanos», como los

llaman, o a sus vicarios, y no recordar que su nombre «obispo» significa trabajo, preocupación y solicitud, y lo cierto es que buenos obispos están hechos cuando se trata de pescar dinero, entonces no se les escapa nada.

LVIII

Del mismo modo, si los cardenales pensasen que son los sucesores de los apóstoles, se exigirían la misma conducta que a ellos. Entonces no serían dueños, sino administradores de los dones espirituales, de todos los cuales han de rendir cuenta dentro de poco. Si reflexionasen un poco sobre sus ornamentos y se preguntasen qué quiere decir la blancura del vestido, que es nada menos que una absoluta y eximia inocencia vital; y la ropa de interior de púrpura, que significa el más ferviente amor a Dios; y el flotante manto exterior, con capacidad para tapar entera la mula de su eminencia y donde también cabría ampliamente un camello, que simboliza una caridad amplísima para socorrer a todos; o sea, enseñar, exhortar, consolar, corregir, amonestar, aplacar guerras, resistirse a los mandatarios deshonestos, y entregar no solo las riquezas sino la propia sangre por su rebaño cristiano, aunque, bien mirado, ¿para qué quieren toda esa riqueza los representantes de los pobres apóstoles? En fin, si meditasen esas cosas, no ambicionarían su puesto y preferirían renunciar a él, o emprenderían una vida laboriosa y entregada como la de aquellos famosos apóstoles.

LIX

Si a los sumos pontífices, que representan a Cristo, les diese por emular su conducta en la pobreza, las labores, la doctrina, la cruz y el desprecio de la vida, y si pensasen que «papa» quiere decir padre y que llevan el epíteto santísimo, ¿quién habría en la tierra más afligido? ¿Y quién compraría ese puesto con todos los medios, como soborno, espada o veneno? ¿Cuánto se reducirían sus privilegios si a ellos les invadiese por una vez la sabiduría? ¿Sabiduría he dicho? Bastaría un grano de aquella sal que recordaba Cristo. Tanta riqueza, tantos honores, poderes, victorias, cargos, dispensas, cobranzas, indulgencias, caballos, mulas, satélites, placeres; bueno, ya veis cuántas mercancías,

cosechas y mares honoríficos se incluirían en la reducción. Y en su lugar introducirían vigiliias, ayunos, lágrimas, oraciones, sermones, estudios, suspiros y mil otras penurias de ese estilo.

Ahora bien, no hay que pasar por alto que de ese modo se morirían de hambre todos esos escribanos, copistas, notarios, abogados, promotores, secretarios, muleros, caballerizos, financieros, proxenetas, iba a decir otra cosa menos suave pero temo ofender oídos sensibles, en fin, toda esa turbamulta de hombres tan onerosa, menudo lapsus, quería decir honrosa, para la sede romana. Sería un crimen inhumano y abominable, y todavía sería más horroroso hacer volver al bastón y la alforja a esos sumos príncipes de la Iglesia, verdaderas lumbreras del mundo.

De ahí que todo lo que sea trabajo lo remiten a Pedro y Pablo, que tienen tiempo de sobra, y todo lo que es esplendor o placer, se lo quedan ellos. Y en eso se evidencian mis favores, porque no hay género humano que viva más muelle y con menos preocupación, y que considere tener satisfecho a Cristo con sus adornos misteriosos y teatrales, sus ceremonias y sus títulos de beatísimo, reverendísimo y santísimo, y jugando a los obispos con sus bendiciones y maldiciones. Hacer milagros les parece antiguo, obsoleto y superado; enseñar a la gente, trabajoso; interpretar las sagradas escrituras, escolástico; rezar, ocioso; derramar lágrimas, lamentable y femenino; ser pobre, sórdido; ser humilde, vil e indigno de quien da a besar sus santos pies a los reyes; tener que morir, poco apetecible; ser crucificado, infame. Como únicas armas les quedan esas dulces bendiciones que dice Pablo, y que reparten con benevolencia: prohibiciones, suspensiones, agravaciones, anatemas, amenazas vengativas y el rayo terrorífico cuya sola mención manda al infierno las almas de los mortales. Estos santísimos padres y vicarios de Cristo contra nadie se vuelven cual furia como contra esos que, instigados por el diablo, pretenden disminuir y roer los patrimonios de Pedro. Cierto es que él dijo en el Evangelio: «Lo dejamos todo y te seguimos», pero ellos entienden que su patrimonio son campos, ciudades, tributos, peajes y señoríos, por cuya defensa combaten con celo cristiano sin dejar a un lado el hierro, el fuego y el dispendio en sangre de incontables cristianos que creen defender apostólicamente a la Iglesia esposa de Cristo en feroz combate con los que llaman enemigos. Como si hubiera más pernicioso enemigo de la Iglesia que los pontífices impíos que silencian y dejan a un lado a Cristo, maniatado con sus leyes fiscales, adulterado con sus interpretaciones forzadas y estrangulado con su vida pestilente. Y es que la Iglesia cristiana está fundada,

confirmada y consolidada con sangre, y ellos, como si Cristo, que siempre vela por los suyos, hubiera muerto, la siguen dirigiendo con la espada.

Y aunque la guerra sea una cosa monstruosa, más propia de fieras que de hombres, tan demencial que los poetas la pintan en medio de las Furias, tan funesta que contamina como la peste las costumbres toda la sociedad, tan injusta que los peores criminales son los que mejor la ejecutan, tan impía que en nada es coherente con Cristo, ellos, olvidando todo eso, la practican. Así se ven viejos decrepitos que la preparan con robusto ánimo juvenil sin dejarse acobardar por los gastos, y que, inmunes a la fatiga de los trabajos, no les arredra trastornar de arriba abajo las leyes, la religión, la paz y todas las cosas humanas. Y no les faltan eruditos aduladores que a tan evidente locura llaman celo, piedad y valor, una vez despejada la vía que lleva a empuñar la espada y a dar por bueno que ensartar un hierro en la tripa de un hermano en nada estorba a la suma caridad que según la ley de Cristo se debe al prójimo.

LX

Aún no estoy segura si en estas cosas dieron ejemplo, o más bien lo tomaron, esos obispos alemanes que han abandonado abiertamente el culto, las ceremonias y bendiciones, y actúan como verdaderos sátrapas, hasta el extremo de tener por cobardía impropia de la dignidad episcopal entregar su esforzada alma a Dios de otro modo que no sea el combate. Y ahora el clero de a pie, sintiéndose obligado a estar a la altura de la santidad de sus prelados, se lanza con ardor a la guerra por el derecho al diezmo con espadas, dardos y piedras, y se ciernen como el gavilán sobre las viejas escrituras por ver si cazan algún pasaje que les permita aterrorizar a la plebe y cobrarle más diezmos. Entretanto no se les ocurre que su oficio es ayudar a la gente, cosa señalada en multitud de pasajes. Tampoco la tonsura les advierte de que el sacerdote ha de liberarse de todos los deseos mundanos y meditar las cosas celestiales. No obstante, se tienen por hombres probos y cumplidores con farfullar sus plegarias que, por Hércules, ni Dios oye ni entiende, dado que tampoco ellos lo hacen por más que las reciten a gritos.

Lo que tienen en común sacerdotes y profanos es su preocupación por cosechar ganancia y conocer las leyes que les asisten al respecto. Por lo demás, todas las cargas las pasan con prudencia a hombros ajenos y así la pelota pasa de mano en mano. Del

modo en que los príncipes remiten la administración del gobierno a los delegados regios, y estos a su vez a otro delegado, así dejan los sacerdotes a los que llaman eclesiásticos sus deberes de velar por la piedad de la plebe, como si ellos no tuvieran que ver con la Iglesia y el voto bautismal no les obligase a nada. Los sacerdotes que se llaman a sí mismos seculares, como si estuvieran iniciados en el mundo y no en Cristo, delegan en los frailes, y los frailes más indiferentes delegan en los más estrictos que, a su vez, ceden el quehacer a los mendicantes, los mendicantes a los cartujos, que son los únicos en quienes queda sepultada la piedad de tal modo que no hay quien la encuentre. Del mismo modo, los pontífices, diligentísimos en hacer acopio de dinero, delegan la labor pastoral en los obispos, y los obispos en los párrocos, los párrocos en los vicarios, los vicarios en los frailes mendicantes, y estos en los esquiladores. Pero no es mi intención indagar en la vida de pontífices y sacerdotes, no vaya a parecer que compongo una sátira en vez de una alabanza, ni piense alguien que censuro a los príncipes buenos y alabo a los malos. Todo esto que digo de pasada es para dejar claro que no hay ningún mortal que pueda vivir agradablemente si no está iniciado en mi sagrado culto y cuenta con mi favor.

LXI

¿Cómo va a ser de otro modo, si la propia diosa Ramnusia, dispensadora de la fortuna en los asuntos humanos, coincide conmigo en ser siempre máxima enemiga de los sabios y, en cambio, proporciona a los estúpidos todas las ventajas, incluso cuando duermen? Ya conocéis aquel famoso Timoteo llamado afortunado, también el proverbio de los peces que se dirigen a la red del pescador dormido, y el que dice que la lechuza trae la suerte al tonto. En cambio, a los sabios les cuadra lo de nacer en mala estrella, o apostar al caballo perdedor, o poseer oro maldito de Tolosa. Pero basta de proverbios, o parecerá que saqueo los comentarios de mi Erasmo.

Volviendo a lo que íbamos, la fortuna ama a los poco prudentes, a los más atrevidos, a los que les gusta lanzar órdagos. En cambio, la sabiduría hace a la gente apocada, y habréis visto que los sabios van de la mano de la pobreza, el hambre y la oscuridad, y viven abandonados, desprestigiados y detestados, mientras a los estúpidos les viene el dinero a la mano, se les da el timón del gobierno y, en suma, prosperan en todo.

Y luego, si alguien cifrase su felicidad en gustar a esos hombres principescos y en

frecuentar el círculo de estos famosos dioses míos llenos de joyas, ¿qué hay más superfluo que la sabiduría y que, por otra parte, sea más detestado por esa clase de gente? Caso de perseguir la riqueza, ¿cómo se iba a lucrar si, coherente con la sabiduría, le ofende el perjurio, se avergüenza de ser atrapado mintiendo, se angustia ante el robo o siente los escrúpulos, por pocos que sean, que experimenta el sabio al pensar en la usura? Y si lo que ambiciona son los honores y riquezas eclesiásticas, antes los alcanzará un asno o un búfalo que un sabio. Si persigue el placer, las chicas protagonistas de esta comedia son adictas de todo corazón a los estúpidos, y se espantan y horrorizan de un sabio más que de un escorpión.

Quienes deseen vivir con un poco más de diversión y alegría, que excluyan antes que nada al sabio, y frecuenten cualquier otro bicho viviente. En resumen, donde quiera que se mire, sea entre pontífices, príncipes, jueces, magistrados, amigos, enemigos, máximos o mínimos, todo es cuestión de dinero, y como el sabio lo desprecia, lo usual es evitarlo concienzudamente.

Cierto es que mi alabanza podría continuar sin fin, pero es preciso que este discurso acabe alguna vez. Iré terminando, pero antes quiero mostrar con brevedad que no faltan grandes autores que me hayan honrado con sus textos y acciones, para que no parezca que soy tan estúpida que solo me complazco en mí misma, ni me calumnien los leguleyos diciendo que no apporto pruebas. Así que aleguemos, siguiendo su ejemplo, lo que no viene a cuento.

LXII

De entrada, aquel famoso y conocidísimo proverbio que a todos convence: «Donde falta el hecho, no hay como la simulación». Y este verso, con razón inculcado desde la más tierna infancia: «Hacerse el tonto a tiempo es la máxima sabiduría». Ya os hacéis una idea de la ingente virtud de la estupidez, cuando su sombra engañosa y su mera imitación merecen tal alabanza de los doctos. Y aún con mayor claridad invita aquel rollizo y lustroso cerdo de la piara epicúrea a «mezclar la insensatez con la prudencia», aunque agrega «un poco» con no demasiada sabiduría. Y él mismo, en otro pasaje, «Es agradable desbarrar en su momento». Y, en otro más, «Mejor parecer extravagante y corto, que sabio y rígido». Ya Homero, que ensalza de mil modos a Telémaco, le llama

ingenuo, epíteto que también usan los autores trágicos, como de buen augurio, con niños y adolescentes. ¿Qué otra cosa canta el venerable poema de la *Iliada* más que las cóleras de los reyes y pueblos estúpidos? No obstante, la mayor alabanza fue aquella célebre de Cicerón cuando afirmó que todo el mundo rebosa de mentecatos. Porque nadie ignora que un bien es más distinguido cuanto más extendido.

LXIII

Pero puede que sean autoridades de poco peso para los cristianos, de modo que busquemos apoyo en testimonios de las sagradas escrituras o, como suelen decir los doctos, basémonos en ellas, con la venia de los teólogos, para que nos sea lícito, y dado que es cuestión ardua, y acaso no bien vista, recurrir a las Musas del Helicón con lo lejos que están y para una materia que acaso les sea ajena, quizá sea más indicado invocar a los teólogos para que me guíen en este camino de espinas, y que el alma de Escoto, que es más espinosa que el puercoespín y el erizo, deje por un momento la Sorbona y se traslade a mi pecho, y luego que vuelva a emigrar adonde le dé la gana, por mí como si se va al diablo. Ojalá pudiera cambiar de cara y tomar aspecto teológico. Aunque me temo que si me revista tanto de materia teológica alguien me acuse de robo como si hubiera saqueado la estantería de nuestros maestros. Pero no será de admirar que se me haya pegado algo de los hábitos teologales después de tanto tiempo de roce, como aquella efigie de higuera de Príapo que aprendió algunas palabras griegas espiando a su dueño mientras leía. También el gallo de Luciano aprendió a hablar tras larga convivencia con los humanos. Pero vayamos al grano, y que los ancestros sean propicios.

Escribe el Eclesiastés en el capítulo primero: «Infinito es el número de los tontos». Como atribuye infinitud al número, ¿no parece que engloba a todos los mortales? Aunque quizá exceptúe alguno, que no sé si alguien consiguió ver. Pero con más sinceridad lo confiesa Jeremías en el capítulo 10: «Cada hombre se vuelve estúpido con su sabiduría». Solo atribuye la sabiduría a Dios, dejando la estupidez a todos los hombres. Un poco antes dice: «No se envanezca el hombre de su sabiduría». ¿Por qué, mi buen Jeremías, no quieres que el hombre se vanaglorie de su sabiduría? Sin duda, porque no tiene ninguna.

Pero vuelvo al Eclesiastés, donde exclama: «Vanidad de vanidades, y todo es vanidad». ¿Qué creéis que indica sino aquello ya dicho de que la vida humana no es más que una burla de la estupidez? Desde luego, se suma a la alabanza de Cicerón, cuyo perspicaz juicio ya hemos celebrado y ahora repetimos: todas las cosas están repletas de bobos. Y cuando aquel prudente Eclesiastés dijo: «El tonto cambia como la luna, el sabio permanece como el sol», ¿qué indica sino que todo el género humano es tonto y solo a Dios corresponde el nombre de sabio? Del mismo modo que la luna representa a la naturaleza del hombre, el sol, fuente de toda luz, es Dios. Añádase que el mismo Cristo afirma en el Evangelio que nadie puede llamarse sabio, salvo Dios. Por lo tanto, si estúpido es todo aquel que no es sabio, y el bueno es idéntico al sabio, según los autores estoicos, se deduce necesariamente que la estupidez abarca a todos los mortales.

Por su parte, cuando dice Salomón en el capítulo 15: «La estupidez es la alegría del estúpido», viene a confesar abiertamente que sin ella no hay nada agradable en la vida. A lo mismo alude aquello de «Quien añade ciencia, añade dolor, y a mucho ingenio corresponde mucha indignación». Y no con menor claridad lo confiesa aquel famoso predicador en el capítulo 7: «El corazón del sabio está donde la tristeza, y el del estúpido, donde la alegría». Y no le bastó cultivar la sabiduría, sino que también añadió alguna noción de lo nuestro, y si me dais poco crédito, escuchad las palabras que escribió en el capítulo 1: «Permití a mi corazón que tuviera noticia de la prudencia y de la doctrina, del error y de la estupidez». Cualquiera que examine ese pasaje verá que corresponde a la alabanza de la estupidez, porque es la última que menciona. El Eclesiastés escribió, y sabéis que está en el orden eclesiástico, que la primera dignidad es la que ocupa el último lugar, lo cual recuerdan los preceptos evangélicos.

Pero que la estupidez va por delante de la sabiduría es algo que el Eclesiastés, quienquiera que lo escribiera, testimonia con transparencia en el capítulo 44, las palabras del cual, por Hércules, no diré hasta que respondáis a mi pregunta como hacían, según Platón, quienes discutían con Sócrates. ¿Qué se esconden más, las cosas raras y valiosas, o las comunes y viles? ¿Por qué calláis? Si estáis disimulando, responderá en vuestro lugar aquel proverbio griego: «El cántaro a la puerta», y antes de que impíamente torzáis la nariz, sabed que lo dijo Aristóteles, dios de nuestros maestros. ¿Alguno de vosotros es tan tonto que deja el oro y las joyas en la calle? Supongo que no, por Hércules. Eso lo conservaréis en algún rincón remoto y secreto bien guardado bajo llave, y la basura la dejaréis a la vista. Por lo tanto, si lo valioso se esconde y lo vil se expone, ¿no salta a la

vista que cuando prohíbe ocultar la sabiduría, dice que es más vil que la estupidez, que recomienda esconder? Escuchad sus palabras: «Es mejor el hombre que oculta su estupidez, que el que esconde su sabiduría».

Incluso atribuyen las sagradas escrituras cierto candor al tonto, mientras al sabio nadie lo considera su semejante. Así entiendo lo que dice el Eclesiastés en el capítulo 10: «Pero el estúpido va por la calle, y como él mismo es ignorante, considera estúpidos a todos». ¿No es acaso el colmo de la ingenuidad tomar a todos por iguales a ti mismo, y dado que cada cual se cree magnífico, que compartas con todos tus propias alabanzas? Por eso no tuvo reparo aquel famoso rey en aceptar ese calificativo, al decir en el capítulo 30: «Soy el más estúpido de los hombres». Y también Pablo, aquel gran maestro de gentes, aceptó gustoso el título de «estúpido», al escribir a los corintios: «En cuestión de ignorancia, digo que yo más», como si fuese un desdoro ser superado en estupidez.

Pero hete aquí que me salen al camino esos helenistas listillos que andan todo el rato tras los teólogos, indagando cómo sacarles los ojos, como si fueran cornejas, y cuyas glosas son como humaredas que ofuscan a los demás, y de cuya grey mi querido Erasmo, que muchas veces menciono por honor, es alfa o por lo menos beta. ¡Qué gran tontería, dicen, esa cita de la estupidez, tan distinta en la intención del apóstol, a lo que fantaseas! Porque esas palabras no indican que se crea más estúpido que los demás, sino que cuando dijo: «Son ministros de Cristo, y yo también», se honraba de estar a su misma altura, y añadió como corrección «Yo más», sintiéndose no solo igual a los otros apóstoles en el ministerio del Evangelio, sino incluso algo superior. Pero, con la voluntad de que no pareciera arrogancia, que ofende al oído, matizó con el pretexto de la estupidez: «Quiero decir menos sabio», sabedor de que es privilegio de los tontos decir la verdad sin ofender.

En verdad, lo que Pablo sentía al escribir eso se lo dejo a ellos mismos para que lo discutan. Yo sigo a los grandes, rollizos, rechonchos y popularísimos teólogos, con cuya mayoría prefiero equivocarme, por Zeus, que acertar con estos trilingües. Ninguno de aquellos hace a estos helenistas listillos más caso que a los grajos. Precisamente un famoso teólogo, cuyo nombre suprimo con prudencia para que nuestros grajos no graznen contra él la broma griega del asno de la lira, al explicar magistral y teológicamente el pasaje «En cuestión de ignorancia, digo que yo más» abrió un nuevo capítulo y, cosa que sin suma dialéctica no podría, incluso añadió una nueva sección, interpretándolo así —y transcribo sus propias palabras no solo en forma, sino en

contenido—: «En cuestión de ignorancia lo digo, o sea, si os parezco ignorante porque me comparo a los pseudoapóstoles, aún os pareceré más ignorante si me tengo por superior». Y poco después, como olvidado del asunto, pasó a otra cosa.

LXIV

Pero, ¿por qué me defiende penosamente con un solo ejemplo? Todo el mundo sabe que los teólogos tienen derecho a estirar el cielo, o sea, las sagradas escrituras, como una piel. Hay citas de estas que en san Pablo están en contradicción, mientras según el testimonio de Jerónimo, que conocía cinco lenguas, en su lugar original no se contradicen. Cuando en Atenas vio por casualidad una inscripción en un altar, Pablo la alteró para que fuera una prueba de la fe cristiana, omitiendo entre otras cosas lo que estorbaba a su propósito, y solo dejó las palabras finales, a saber, «al dios desconocido», pero también modificó esas palabras, porque la inscripción completa decía: «A los dioses de Asia, Europa y África, a los dioses desconocidos y extranjeros». Me parece que, siguiendo su ejemplo, es usual que las criaturas de los teólogos tomen de acá y allá cuatro o cinco palabras, y las alteren para utilizarlas según su designio, aunque no tengan que ver con el asunto o digan lo contrario, y no hacen ninguna mención de lo que antecede o lo que sigue. Y lo hacen con tal descaro que muchas veces los teólogos despiertan la envidia de los jurisperitos.

Y no se sabe adónde irán a parar, después de que el famoso, casi se me escapa el nombre, pero temo otra vez el proverbio griego, prestó a unas palabras de Lucas un sentido que es acorde con la intención de Cristo como el fuego con el agua. Cuando es inminente un peligro extremo, los buenos vasallos suelen cerrar filas con sus señores y echan el resto en la batalla. Cristo quería que los suyos borrarán de su ánimo esa esperanza con la ayuda ajena y les preguntó cuándo les faltó algo a ellos al ser enviados sin ninguna ayuda para el camino, ni calzado para defenderse de las espinas y piedras, o siquiera una alforja con algo contra el hambre. Cuando ellos negaron que les hubiera faltado nada, añadió: «Pues ahora, el que tenga zurrón que lo deje, y lo mismo el que tenga alforja, y el que no tenga, que venda su túnica y compre una espada». Como toda la doctrina de Cristo no inculca otra cosa que la mansedumbre, la tolerancia y el desprecio de la vida, ¿quién no ve lo que ese pasaje quiere decir? Pues que priva a sus

enviados no solo del calzado y la alforja, sino sobre todo de la túnica, y los manda desnudos al quehacer evangélico, sin nada salvo la espada, pero no la que usan los ladrones y asesinos, sino la espada espiritual que penetra en los íntimos rincones del corazón y corta todas las pasiones para que no haya en él más que piedad.

Ved ahora cómo tuerce ese teólogo famoso las palabras: la espada la interpreta como defensa contra la persecución y la alforja como acopio de suficientes provisiones, como si Cristo hubiera invertido su doctrina y le pareciera que enviaba a sus predicadores demasiado poco regiamente provistos y cantase la palinodia de sus anteriores enseñanzas; o como si hubiera olvidado lo que dijo de bienaventurados los pobres y los que sufren injurias y martirios, y lo de no resistirse a los malvados y que fueran humildes y no violentos; y hubiera olvidado el ejemplo que puso de las aves y los lirios del campo, porque ahora no quería que anduvieran sin espada y prefería que vendieran la túnica y fueran desnudos con el hierro al cinto. Así que este interpreta que la espada es el empleo de la fuerza y el zurrón se refiere a las necesidades vitales. Según esa interpretación, los apóstoles fueron enviados provistos de lanzas, catapultas, hondas y bombardas a predicar al crucificado. También los cargó de bolsas, cajas y maletas, para que no tuvieran que buscar posada ni pasar hambre. A este hombre ni le inmutó el hecho de que, poco después de hacer comprar la espada, ordenase envainarla, y que jamás hubiera noticia de que los apóstoles hicieran uso de la violencia contra los gentiles ni tirasen de espada y escudo, como habrían hecho si lo que dijo Cristo tuviera el sentido que este le quiere dar.

Otro muy reputado, y que tampoco nombraré por miramiento, interpreta el versículo de Habacuc «Destruídas las tiendas madianitas», como la desollación de Bartolomé.

Yo misma asistí a un debate teológico, como hago a menudo, y uno preguntó cuál era el pasaje de autoridad de las sagradas escrituras que ordenaba vencer a los herejes mediante el incendio, mejor que convencerlos mediante el debate. Un viejo severo cuyo ceño fruncido anunciaba al teólogo respondió con grandes voces que esa ley venía en Pablo apóstol, que dijo: «Evita el hereje después de haberle advertido una o dos veces». Después de atronar las mismas palabras, y como muchos se preguntaban qué le pasaba al hombre, explicó: «Evita, o sea, de la vida, quitar de la vida al hereje». Unos se rieron y otros encontraron que la explicación era impecablemente teológica, y cuando algunos protestaron en contra, se levantó uno que llaman Tenedios, abogado y autor irrefragable, y dijo: «Escuchad, está escrito, no dejes vivir al maléfico, por lo tanto, etc.» Todos admiraron el ingenio de aquel hombre y se sumaron a su conclusión pateando con las

botas puestas. A nadie se le ocurrió que esa ley se refiere a brujos, encantadores y magos, que los hebreos en su lengua llaman «mechasephim», de otro modo habría que castigar con la pena capital la fornicación y la borrachera.

LXV

Pero es ciertamente estúpido por mi parte insistir en ejemplos tan innumerables que ni siquiera en los volúmenes de Crisipo y Dídimo se podrían recoger. Con los mencionados solo quería advertir que si tales licencias se permiten a los venerados maestros divinos, también a mí, como aprendiz de teóloga, se me ha de tolerar cierta inexactitud en las citas. Así que vuelvo a Pablo, que dice: «Soportáis con liberalidad a los ignorantes», hablando de sí mismo. Y, más adelante, «Aceptadme como ignorante». Y «No hablo según Dios, sino casi desde la ignorancia». En otro pasaje, dice «Nosotros los ignorantes por Cristo». Ya veis por qué gran autor está alabada la estupidez. Incluso la recomienda como cosa imprescindible para el que quiera llegar al puerto de la salvación: «Quien se crea sabio entre vosotros, que se haga estúpido, para que sea sabio». Y en Lucas, Jesús llama «torpes» a los dos discípulos que se encuentra en el camino. Pero lo más admirable que conozco es que el divino y excelente Pablo atribuye también a Dios cierto grado de estupidez: «Incluso cuando es estúpido, Dios es más sabio que los hombres». Aunque Orígenes interpreta el pasaje negando que esa estupidez tenga algo que ver con la estupidez humana, sino más bien con esta: «La palabra de la cruz es una estupidez para los que se condenan». Pero no sé por qué me tomo el trabajo de buscar testimonios cuando en los sagrados salmos el propio Cristo dice claramente al padre: «¿Conoces tú mi ignorancia?» No es casualidad que a Dios le gusten tanto los estúpidos, y me parece que es por lo mismo que los príncipes tienen por sospechosos y detestables a los muy sensatos, como le pasaba a Julio César con Bruto y Casio, mientras no recelaba de Antonio el borracho, o como a Nerón con Séneca, o a Dionisio con Platón, en cambio les agradan los ingenios lerdos y simples. Por lo mismo, Cristo detestó a esos sabios siempre ufanos de su prudencia. Lo testimonia Pablo cuando dice sin tapujos: «Dios elige lo estúpido del mundo», y también «Es propósito de Dios salvar al mundo por la estupidez, ya que no podía ser sanado por la sabiduría». Él mismo lo indica con suficiencia cuando clama por boca del profeta: «Destruiré la sabiduría del sabio y la prudencia del prudente

la condenaré». Y Cristo da gracias por haber ocultado el misterio de la salvación a los sabios, y en cambio haberlo revelado a los párvulos, o sea, a los ignorantes. En griego, párvulo es «nepios», que se opone a «sophos», sabio.

En ese mismo sentido, en muchos pasajes del Evangelio se ataca a los fariseos, los escribas y los doctores de las leyes, y se defiende con celo a la gente ignorante. ¿Qué otra cosa es «Ay de vosotros, escribas y fariseos», más que «Ay de vosotros, sabios»? Se ve que le agradan muchísimo más los párvulos, las mujeres y los pescadores. Y del género animal los que más le gustan a Cristo son los más apartados de la astucia de la zorra. Por eso prefirió cabalgar sobre un asno, cuando él, si hubiera querido, podría haber ido sentado sobre el lomo de un león. Y aquel famoso Espíritu Santo bajó en forma de paloma, y no de águila o de milano. De ahí la abundancia de citas en las sagradas escrituras de ciervos, corzos y corderos. Y a los destinados a la vida eterna les llama ovejas, porque no hay otro animal más ignorante, como lo atestigua la locución aristotélica «de carácter ovino», con la que se designa al sumido en la estolidez de esa cabeza de ganado y se emplea para insultar a estúpidos y memos. Sin embargo, Cristo se designa pastor de ese rebaño, como lo indica Juan, «He ahí el cordero de Dios», que se menciona muchas veces en el Apocalipsis.

¿No proclaman esos pasajes que todos los mortales son estúpidos, incluyendo los piadosos? Y el propio Cristo, al venir en ayuda de la estupidez de los mortales, pese a ser la sabiduría del padre, ¿no se volvió en cierto modo estúpido al asumir la naturaleza y la figura humanas? Igual que se hizo pecador para vencer al pecado. Y no quiso hacerlo de otro modo sino mediante la estupidez de la cruz y los apóstoles idiotas y lerdos, a quienes recomendó claramente la estupidez desterrando la sabiduría, mencionando el ejemplo de los niños, los lirios, el grano de mostaza y los pajarillos, cosas estúpidas y carentes de sentido, guiadas por la naturaleza y desprovistas de cualquier arte y preocupación vital. Además les prohibió preocuparse de qué tendrían que decir ante los mandatarios y también el cálculo del tiempo y la ocasión convenientes, o sea, que no se fiasen de su prudencia, sino que se guiaran totalmente por su instinto.

El mismo sentido tiene que Dios, arquitecto del orbe, les prohibiese probar del árbol de la ciencia, como si la ciencia fuera el veneno de la felicidad. Así que Pablo la desaprueba con firmeza como vana y perniciosa. Y creo que san Bernardo siguió ese parecer cuando llamó «monte de la ciencia» aquel donde se sentó Lucifer.

Seguramente no es un argumento desdeñable que entre los celestiales esté bien vista la

estupidez, la única con licencia para equivocarse, cosa que no conceden a los sabios, y de ahí que al rezar pidiendo perdón, aunque se haya pecado de forma consciente, se alegue el pretexto de haber actuado bajo el patrocinio de la estupidez. Aarón solicita por eso indulgencia para su hermana en el libro de los Números, creo recordar: «Te suplico, señor, que no nos tengas en cuenta ese pecado, porque lo cometimos tontamente». Igual que Saúl se disculpa ante David: «Es evidente que actuamos como estúpidos». Y el propio David suplica al señor: «Te ruego, señor, que pases por alto esta iniquidad de tu siervo, porque la hicimos como estúpidos», como si no fuera lícito pedir perdón sin alegar estupidez e ignorancia.

Pero aún tiene más peso lo que dijo Cristo en la cruz al orar por sus enemigos: «Padre, perdónales» y no alegó otra excusa que la ignorancia: «porque no saben lo que hacen». De igual manera escribe Pablo a Timoteo: «Pero he conseguido la misericordia divina, porque fui a parar a la incredulidad por ignorante». ¿Y qué es por ignorante, sino que lo hizo por estupidez y no por maldad? ¿Y qué quiere decir «he conseguido la misericordia», sino que no la lograría si no me encomendase al patrocinio de la estupidez? También el salmógrafo místico habla a nuestro favor, diciendo esto que no me venía a la mente en su momento oportuno: «No recuerdes los pecados de mi juventud, ni mis ignorancias». Ya veis qué dos cosas alega: la edad, a la que suelo acompañar siempre, y las ignorancias, cuyo número desmesurado nos dará una idea del ingente poder de la estupidez.

LXVI

Por no seguir con ejemplos infinitos, diré en resumen que la religión cristiana parece tener algún parentesco con la estupidez, mientras apenas guarda afinidad con la sabiduría. Y si queréis argumentos, fijaos primero en que los niños, los viejos, las mujeres y los tontos son los que más se regocijan en las cosas sagradas y religiosas, y siempre están pegados a los altares, sin duda llevados por un impulso natural. Luego veréis que aquellos primeros autores cristianos eran íntimos partidarios de la simpleza y acérrimos enemigos de las letras. Por último, no hay imbéciles que parezcan desvariar más que aquellos arrebatados por el fervor de la piedad cristiana: prodigan sus bienes, olvidan las ofensas, sufren los engaños, no distinguen amigos de enemigos, se horrorizan

del placer y se complacen en los ayunos, las vigilias, las lágrimas, las penas y los maltratos, les fastidia la vida y solo desean la muerte, parecen en resumen insensibles a todo lo que es sentido común, como si tuvieran la mente en otra parte y no en su cuerpo. ¿Qué es todo eso sino estar loco? Así que no es de extrañar que los apóstoles fueran vistos como borrachuzos y que Pablo fuese considerado en el juicio de Festo un chiflado.

Pero ya que nos hemos puesto la piel del león, demostremos que la felicidad a la que con tanto esfuerzo aspiran los cristianos no es otra cosa que una especie de locura y estupidez. No os toméis a mal las palabras y tratad de entender la cosa en sí.

De entrada, los cristianos vienen a coincidir con los platónicos en que el alma está inmersa y trabada en los vínculos corporales y, en esa pesadez, no accede a contemplar y disfrutar de las cosas reales. Por eso se definió la filosofía como «meditación de la muerte», porque esa meditación separa la mente de las cosas visibles y corporales, como hace la muerte. En tanto el ánimo utiliza rectamente los órganos corporales, se dice que está en sus cabales, y cuando rompe esos vínculos e intenta acceder a la libertad, como si pensase fugarse de una cárcel, entonces se dice que no está en sus cabales. Si eso sucede por enfermedad o defecto de los órganos, según el consenso general, se trata de locura. Sin embargo, vemos que gente en ese estado predice el futuro, conoce lenguas y letras que antes ignoraba, e irradian una especie de aura divina. Sin duda eso sucede porque la mente se libera un poco de la influencia corporal y empieza a ejercer su poder original. Creo que la misma causa tiene lugar en los rústicos, que al borde de la muerte hablan con una inspiración prodigiosa.

No obstante, cuando eso sucede por fervor piadoso, puede que no se trate de la misma clase de locura, pero es tan similar que la mayoría juzga que es mera demencia, dado que hay poquísimas criaturas humanas que se distinguen del resto de mortales en el conjunto de su vida. Por eso creo que les pasa como a los que admiraban, en la ficción platónica, la sombra de las cosas en la caverna, y el que había salido y volvía a la gruta, si decía haber visto las cosas reales, lo tomaban por farsante, porque no creían que hubiera nada aparte de las miserables sombras. Y el sabio se compadecía y lamentaba su locura, que les mantenía en el error. Ellos, por su parte, se reían, lo tomaban por delirante y lo despreciaban. Así mismo, la mayoría está apegada a lo corporal, lo tienen en suprema estima y creen que es lo único existente. Los piadosos, en cambio, desprecian justo lo más corpóreo y se entregan por completo a la contemplación de las cosas invisibles. Así que aquellos veneran sobre todo las riquezas, las ventajas más próximas a lo físico y

dejan el alma para lo último, y no creen que exista lo que no ven con los ojos. Los otros ponen la supremacía en Dios, que es lo más puro de todas las cosas, y por lo tanto para ellos lo primero es el alma, desprecian el cuerpo y el dinero les parece poco menos que basura y lo rechazan, de modo que si han de tratar con esas cosas lo hacen por obligación y fastidiados, y tienen como si no tuvieran y poseen como si no poseyeran.

También en las cosas particulares hay entre unos y otros gran diversidad. En principio, todos los sentidos se relacionan con el cuerpo, pero los hay más groseros, como el tacto, el oído, la vista, el olfato y el gusto; y los hay más apartados del cuerpo, como la memoria, la inteligencia y la voluntad. En tales circunstancias, aquello que tiene la preferencia en el alma es lo que se fortalece. Y como toda la fuerza del alma de los piadosos tiende a lo que está más alejado de los sentidos groseros, estos se embrutecen y quedan atónitos. Por el contrario, la gente corriente se empeña mucho en estos y casi nada en aquellos. De ahí que oigamos que a algunos santos varones les suceda haber bebido aceite en lugar de vino.

En las pasiones del alma, las hay que tienen relación estrecha con el cuerpo, como la lujuria, la apetencia por el sueño y la comida, la ira, la soberbia o la envidia. Los piadosos libran guerra irreconciliable con ellas, mientras el vulgo no concibe su vida sin experimentarlas. Hay además pasiones comunes y casi naturales, como el amor patrio y el cariño a los hijos, parientes y amigos. La gente corriente las valora, pero los piadosos procuran apartarlas del alma como si les impidiesen elevarse a sus más puras regiones, así que quieren a su padre, pero no como padre, pues ¿qué hizo más que engendrar su cuerpo, lo cual también es debido al padre divino?, sino como un buen hombre en el que luce la imagen de aquella mente superior que llaman «bien supremo» y fuera del cual nada es digno de amor ni deseo.

Siguen esa misma regla en las demás cosas de la vida y todo lo que es visible, si bien no lo desprecian del todo, le dan mucho menos valor que a lo que no pueden ver. Añaden que en los sacramentos y cosas piadosas hay una parte corporal y otra espiritual. En el ayuno no valoran tanto despejarse de la carne y la cena, en lo cual cree la gente corriente que consiste el ayuno, sino someter las pasiones para permitir menos espacio a la ira y la soberbia, y que el espíritu más liberado de la carga corporal se eleve a lo celestial y disfrute de sus bienes. Igualmente dicen que las ceremonias no son de desdeñar, pero en sí mismas son poca cosa y pueden ser perniciosas si no sirven de acceso a lo espiritual, que es lo representado en esos signos visibles. La muerte de Cristo

representa que los mortales han de domar y extinguir hasta casi sepultar las pasiones corporales para resurgir en una nueva vida donde se unirán con Cristo y entre ellos. Así actúa y piensa el piadoso. Por el contrario, el vulgo cree que en la misa no hay otra cosa que acercarse al altar lo más posible, oír el sonido de las voces y asistir a las demás ceremonias.

El piadoso se aparta de las cosas relacionadas con el cuerpo, no solo en los ejemplos citados, sino en todas las cosas de la vida, para arrebatarse hacia lo eterno, invisible y espiritual. Esa disensión entre unos y otros en la concepción de su existencia conduce a que se tengan mutuamente por enajenados; si bien, a mi parecer, esa palabra les cuadra mejor a los piadosos que a la gente corriente.

LXVII

Lo cual quedará más patente si, como he prometido, demuestro en pocas palabras que ese premio supremo no es otra cosa que cierta locura. Platón intuyó algo parecido cuando escribió «El delirio amoroso es el más feliz». El que ama con vehemencia no vive en sí, sino en aquel a quien ama, y cuanto más se aparta de sí y se traslada al otro, tanto mayor es su exaltación. Cuando el alma piensa en irse del cuerpo y en no utilizar sus órganos, sin duda podríais denominarlo delirio. ¿No se refiere a eso la gente cuando dice «no está en sí», «vuelve en ti» y «ha vuelto en sí»? Cuanto más absoluto es el amor, mayor y más feliz es su delirio. Por lo tanto, ¿cómo será esa futura vida celestial que tanto anhelan las mentes pías? El espíritu absorberá el cuerpo como vencedor y más fuerte, y lo hará tanto más fácil porque ya la vida habrá gastado y transformado el cuerpo, luego el espíritu será a su vez absorbido por la mente suprema como más potente que las partes infinitas. Y cuando ya todo el hombre esté fuera de sí, y será feliz por la sola razón de estar fuera de sí, gozará del inefable bien supremo que arrebatará todas las cosas en sí mismo. Esa felicidad será perfecta cuando se dé a las almas la inmortalidad junto a su primitivo cuerpo. Como la vida de los piadosos no es sino una meditación de aquella otra vida, siente como una sombra y un deje del gusto y olor de ella, cierto es que se trata de una gota minúscula de la fuente de la felicidad eterna, pero supera todas las voluptuosidades del cuerpo, incluso si se reúnen las de todos los mortales. En tal grado superan las cosas espirituales a las corporales, y las invisibles a las visibles. Por eso

prometió el profeta: «El ojo no vio, ni el oído oyó, ni en el corazón del hombre se intuyó lo que Dios ha preparado para los que le aman». Pero todo eso es parte de la estupidez que no se extingue con el cambio de vida, sino que se perfecciona. Los muy pocos que la han probado padecen algo muy similar a la demencia, porque hablan con escasa coherencia, y no al modo humano, sino que emiten sonidos impensados y alteran la expresión gestual. Ahora están eufóricos, luego abatidos, ahora lloran, enseguida ríen, y luego suspiran; en suma, están del todo idos. Y después de que vuelven en sí, dicen no saber dónde estuvieron, si en el cuerpo o fuera de él, si en vela o durmiendo, y no recuerdan qué oyeron, vieron, dijeron o hicieron, solo saben haber sido felicísimos como en una niebla o en un sueño. Y lamentan haber vuelto en sí, porque nada desean más que enloquecer perpetuamente con ese género de locura. Y eso que no se trata más que de una mínima degustación de la felicidad futura.

LXVIII

Pero hace rato que ando olvidada de mí y me he pasado de la raya. Si algún petulante me quiere reprochar la locuacidad, recuerde que os habló la Estupidez, que es una mujer. Y vosotros recordad la máxima griega «A veces un hombre estúpido dice algo muy apropiado», a no ser que penséis que eso no vale para las mujeres. Veo que esperáis el epílogo, pero no estáis en vuestros cabales si pensáis que me acuerdo de algo después de haber largado semejante fárrago de palabras. Un dicho antiguo asegura «Detesto al invitado de buena memoria», y uno nuevo diría: «Detesto al oyente de buena memoria». Así que os vaya bueno, aplaudid, vivid y bebed, distinguidísimos fieles de la Estupidez.

FIN

**«Ahora, la alabanza que oiréis no será la de
Hércules ni la de Solón, sino la mía propia,
o sea, la alabanza de la estupidez.»**

La *Alabanza de la estupidez* es el más célebre de los textos del filósofo Erasmo de Rotterdam. Impreso por vez primera en 1511, se trata de uno de los ensayos que mayor influencia ha ejercido en la cultura occidental, así como uno de los catalizadores de la reforma protestante del siglo XVI encabezada por Martín Lutero. Mediante un tono burlesco e irónico y una crudeza sagaz e hiriente, Erasmo da voz a la propia estupidez para que sea ella quien haga apología de sus utilidades, criticando a su vez los usos de la razón.

El poeta y ensayista Eduardo Gil Bera ofrece en estas páginas una palpitante traducción de esta obra eminente del pensamiento occidental. A través de ella y de la brillante introducción que la precede, pues, propone la relectura de un clásico que, siglo tras siglo, se revela inagotable.

Edición y versión de Eduardo Gil Bera

Erasmus de Rotterdam (1466-1536) es el principal representante de la literatura humanista del Renacimiento. Tras ocupar brevemente la cátedra de teología en Cambridge, vivió como intelectual y escritor independiente en Inglaterra, Italia, París y Basilea. Fue editor crítico del Nuevo Testamento y autor de importantes estudios filológicos y paremiológicos. Nunca abandonó su independencia intelectual a pesar de que su obra, promotora de una revolución intelectual europea, sufrió la condena oficial de católicos y protestantes.

Además de su copiosa correspondencia, sus obras principales son *Adagia* (1500-1536), *Enchiridion* (1503), *De ratione studii* (1511), *Enchomion moriae seu laus stultitiae* (1511), *Institutio principis christiani* (1516), *Colloquia* (1517), *De libero arbitrio diatribe* (1524), *De pueris statim ac liberaliter instituendis* (1528), *Utilissima consultatio de bello turcis inferendo* (1530), *Ecclesiastes* (1534) y *Preparatio ad mortem* (1534).

Eduardo Gil Bera (Tudela, Navarra, 1957) es un destacado escritor, poeta, ensayista, periodista y traductor español. Ha vertido a nuestra lengua, entre otros, a Giuseppe Ungaretti, Michel de Montaigne, Friedrich Hölderlin, Peter Sloterdijk, Robert Walser, Rainer Maria Rilke y Joseph Roth.

Título original: *Stultitiae Laus*

Edición en formato digital: noviembre de 2016

PENGUIN, el logo de Penguin y la imagen comercial asociada son marcas registradas de Penguin Books Limited y se utilizan bajo licencia.

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Eduardo Gil Bera, por la edición y la versión.

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración: © Sánchez / Lacasta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9105-309-5

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Alabanza de la estupidez

Introducción

Bibliografía elemental

Alabanza de la estupidez

Dedicatoria

Habla la estupidez

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos

Índice

Alabanza de la estupidez	2
Introducción	4
Bibliografía elemental	11
Alabanza de la estupidez	12
Dedicatoria	13
Habla la estupidez	16
Sobre este libro	91
Sobre los autores	92
Créditos	93